

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL ROBO DE ELENA,

ZARZUELA BUFA EN TRES ACTOS.

Fortuna

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1869.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antaño.
Abelardo y Eloisa.
Abnegación y nobleza.
Aguila.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y p lucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pau y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heroico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenea.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien venga mal si vicnes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
Como se empena un marido
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chispas, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrasto s.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y pollicando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clenoculina.
Con la música á otra parte.
Cora y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Dendas de la honr.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la meda.
¡Esta loca!

En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El oncenno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragón.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpu-
jarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El cigco.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falla.
El estandarte español en las cos-
tas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El encmigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó e

ahijado de todo el mu-
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la hu-
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcón.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chincil
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos espa-
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case-
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta
La mosquita muerta.
La hidrolobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi-
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fern-
Las flores de Don Juan
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia
La Archiduquesita.
La escuela de los amig-
La escuela de los pedro-
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Car-
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajer-
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla
La calle de la Montera
Los pecados de los pad-
Los infieles.
Los moros del Riff.

EL ROBO DE ELENA.



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

EL ROBO DE ELENA,

ZARZUELA BUFA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA Á LA MÚSICA DE OFFEMBACH,

POB

DON TOMÁS FORTUN

Y

D. MIGUEL PASTORFIDO.

Representada por primera vez en el Teatro de la Zarzuela el día 29 de Mayo
de 1869.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1869.

PERSONAJES.

ACTORES.

ELENA.	DOÑA ARSENIA VELASCO.
PARTHENIA.....	MANUELA LETRE.
OLIMPIA.....	MARIA ACEVEDO.
BAQUIS.....	CONCEPCION BAEZA.
PÁRIS.....	DON MANUEL SANZ.
MENELAO.....	JOAQUIN MIRÓ.
AGAMENON.....	FRANCISCO SALAS.
CALCAS.....	NICOLÁS RODRIGUEZ.
AQUILES.....	DOÑA DOLORES FRANCO.
ORESTES.....	MANUELA SOLDADO.
PHILOCOMO (no canta)...	DON JULIO PERIÉ.
EUTHICLES (id.).....	LUIS CRESPO.
Guardias, esclavos, pueblo, príncipes, princesas, damas de Elena.	

NOTA. Se recomienda á las empresas de provincia, que así como el papel de Orestes estará siempre mejor desempeñado por una actriz, el de Aquiles, donde sea posible, conviene que lo presente un actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podra, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.
 Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los Sres. Gullon é Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.
 Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Plaza pública en Esparta, al fondo el templo de Júpiter. Á la izquierda, en segundo término, una tribuna con tres asientos, á la derecha la estatua de aquel dios; y á cada lado un trípode sobre el cual arde una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

PUEBLO, despues CALCAS y PHILOCOMO.

Al levantarse el telon, multitud de hombres y mujeres del pueblo rodean la estatua de Júpiter, presentándole sus ofrendas, que consisten en algunos quesos, algunos canastillos con frutas, dos jaulas con pájaros y variedad infinita de flores, guirraaldas y ramas de tomillo, laurel, olivo, etc., etc.

CORO GENERAL. Tu favor, oh Jove,
queremos hoy pedir;
y ya nos ves
la frente hundir,
besar tus piés.
Barbudo y fuerte dios,
del cielo eterna luz,
danos por gran favor,
pesetas y salud.

Admite las ofrendas
de nuestro puro amor,
y no vibre tu diestra
el rayo destructor.
Acepta en holocausto
de flores un millon.
Dos ramos de tomillo,
tres peras y un melon.

(Salen del templo Calcas, Philocomo y esclavos.)

HABLADO.

CALCAS. (Mirando con disgusto marcado las ofrendas.) Estamos frescos. Flores, flores y siempre flores. (El pueblo se retira.) Ya se fueron. Apaga esa luz. (Apaga él una lámpara y la otra Philocomo.) No estamos para gastos inútiles; hoy han subido otros dos cuartos el aceite, y como no llueva pronto... Cargad con eso. (Los esclavos se llevan al templo las ofrendas.) Dos gorriones, un ánfora de leche, dos quesos de Villalon, algunas frutas y multitud de yerbajos y flores. Buen refuerzo para salir de apuros! (Dirigiéndose á la estatua de Júpiter.) Pasaron aquellos tiempos en que tu pueblo, lleno de amor, depositaba en tus altares numerosos ganados de bueyes y corderos... Ay, Philocomo! estos dioses pierden su crédito de dia en dia. Á estos dioses se los van á llevar los demonios!

PHILOCOMO. Tal creo. Algunos, no obstante, son más que nunca adorados. Baco, Mercurio, Marte; y sobre todo, Vénus...

CALCAS. Tienes razon. Únicamente al vino, á la fuerza y al amor se rinde fervoroso culto en esta edad depravada. En la gaceta de Citerea leí esta mañana la cifra á que ascienden las ofrendas hechas á la diosa Vénus el mes pasado. Tan sólo los empresarios de teatro la han ofrecido cuatro millones, porque mantenga viva en nuestro pueblo la aficion á ese baile gro-

tesco y libre, (Tapándose la cara con el manto.) importado de las Galias; á ese baile que lastima los ojos y oprime el corazon,

PHILOCOMO. Ya sé qué baile es. (Pónese en actitud de can-cán.)

CALCAS. Quita, profano!

PHILOCOMO. Perdon, señor...

CALCAS. Y desde que, gracias al juicio de Páris, la rubicunda deidad derrotó en el monte Ida á la ceñuda Palas y á la biliosa Juno, sus adeptos son infinitos y en su templo llueven ofrendas. Oh! su gran augur, que es un charlatan, se estará poniendo las botas, (Dirigiéndose á la estatua de Júpiter.) mientras que yo te sirvo de balde, Júpiter tunante! Digo... tonante.—No se te cae la cara de vergüenza? En fin, pensemos en la obligacion.—Está todo listo para la ceremonia?

PHILOCOMO. Todo.

CALCAS. Han traído ya compuestos los truenos y los relámpagos?

PHILOCOMO. Aún no.

CALCAS. Qué dices! Oh compromiso! Nunca me hizo tanta falta la tormenta. Hoy tiene lugar la fiesta de Adonis, presidida por nuestra graciosa soberana: despues habrá concurso público, al que asistirán todos los reyes de Grecia; adjudicacion de premios... Cómo no ha de hablar hoy el oráculo? Y dónde se ha visto oráculo sin tormenta?... Buena la hemos hecho! Ese tunante de Vulcano nó querrá trabajar ya para Júpiter; porque aún le debe la cadena con que mandó colgar á Juno; tres docenas de rayos y la caja de hierro para el dinero, que por cierto está todavía sin estrenar.

PHILOCOMO. Tranquilizaos: el cíclope Euthicles me prometió traer los truenos y los relámpagos ántes de las dos: ya no debe tardar.—Ah! él es.

ESCENA II.

DICHOS, EUTHICLES, con una gran plancha de hierro y un flamero como los que en los teatros se usan para figurar los relámpagos.

CALCAS. Ya descanso...

EUTHICLES. Aquí está esto... Antes hubiera venido; pero el maestro me mandó terminar una obra delicada para el gran Aquiles.

CALCAS. Sí, ya sé; un coturno blindado para defensa de ese talon que su madre dejó fuera del agua, al zambullirle en la Estigia, y que tanto le inquieta.

EUTHICLES. Justo.—Sabeis, gran augur, que vuestros truenos estaban inservibles? Por fuerza habeis tronado mucho y firme en estos últimos tiempos.

CALCAS. Este es el encargado de tronar; y en efecto, arna un estrépito...

PHILOCOMO. Es preciso amedrentar á este pueblo corrompido.

CALCAS. Y los relámpagos saldrán bien ahora?

EUTHICLES. Sí: no ha habido más que limpiar el cañon.—Vereis el efecto que producen ambas cosas. (Sopla el flamero y luego agita la placa de hierro, remedando el relámpago y el trueno.)

CALCAS. Desventurado! qué haces? El pueblo va á creer que es Júpiter quien truena.

EUTHICLES. Ah! no sabia... (Rumor dentro.)

CALCAS. Vete. Ya empieza la ceremonia. Tienes ahí un par de reales? (Bajo á Philocomo.)

PHILOCOMO. Sí, en cuartos.

CALCAS. Dáselos.

PHILOCOMO. Pero...

CALCAS. Te daré tres, en cuanto cobre.

PHILOCOMO. Corriente. (Dale cuartos á Euthicles.)

CALCAS. Ya se acercan las doncellas encargadas de llorar por la suerte de Adonis, conducidas por nuestra graciosa Elena.

EUTHICLES. Ah! Hoy es el aniversario de...

CALCAS. Sí. En tal día como hoy, Vénus, al correr en amparo de Adonis, se hirió los divinos piés, y con su sangre, no ménos divina, dió color á las rosas, blancas ántes de este acontecimiento... Anda, Philocomo, cuelga los truenos en su sitio y échale más pez á los relámpagos. (Váse Philocomo con Euthicles: este, al subir las gradas del templo, tropieza, cae y suelta la placa de hierro, que produce gran estrépito al dar contra el suelo.)

CALCAS. Condenado! No truenes ántes de tiempo. (Calcas recoge los truenos y váse al templo con Philocomo y Euthicles.)

ESCENA III.

ELENA, seguida de su servidumbre y DAMAS DE ESPARTA, todas sacan pañuelos blancos en la mano, y oportunamente se enjugan los ojos.

MUSICA.

CORO. Hoy deben todas las doncellas
cuando son amables y bellas
gemir, llorar, porque murió
aquel galan que tanto amó.

ELENA. Tu suerte, Adonis, gran quebranto
nos causó.

Enjuga, Vénus, nuestro llanto:
ya no hay amor.

Divino amor, tu llama ardiente
sus corazones inflamó;
mas yo suspiro inútilmente
y esto es morir de consuncion.

ELENA y CORO. Oh Vénus celestial! deidad rubita,
demuestra compasion
á nuestra cuita;
y danos el amor
que el alma necesita!

Queremos mucho amor. Mucho amor, por favor!

ELENA. En otra edad reinó Cupido,
dando á las almas tierno ardor;

mas su poder hoy da al olvido
y hace morir de consuncion.

(Al repetir y terminar el coro, todas las mujeres se dirigen al templo. Calcas aparece en la puerta y les da la mano para subir las gradas. Elena, al ir á entrar le detiene.)

ESCENA IV.

ELENA, CALCAS.

HABLADO.

- ELENA. Una palabra. (Disponiéndose á bajar las gradas.)
CALCAS. Dos mil os escucharía de buena gana, graciosa hija de Leda; pero la ceremonia del sacrificio reclama mi presencia.
ELENA. Esperad, no obstante.
CALCAS. Obedezco. (Bajan los dos.)
ELENA. Conoceis á París?
CALCAS. (Te veo de venir.) No tengo el gusto...
ELENA. Ese jóven pastor, que en el monte Ida adjudicó el premio de la hermosura á la envidiosa Vénus.
CALCAS. Ya caigo.
ELENA. Sin daño sea. Es cierto que la diosa, en recompensa, le ha ofrecido el amor de la mujer más distinguida de Grecia?
CALCAS. Sí; es noticia oficial.
ELENA. Y esa mujer?...
CALCAS. Sois vos.
ELENA. Oh! si fuese cierto...
CALCAS. Ciertísimo.
ELENA. Ella, siempre ella! (Trágicamente.)
CALCAS. Quién?
ELENA. La fatalidad.
CALCAS. Cómo?
ELENA. La mano de la fatalidad pesa sobre mí desde la cuna. Conoceis la historia de mi nacimiento?
CALCAS. Quién la ignora? Perseguido un cándido cisne por

un águila altanera, halló amparo y consuelo en los brazos de la compasiva Leda. Y el cisne...

ELENA. El cisne era Júpiter, y Júpiter es mi padre. El águila era Vénus, y Vénus es mi rival. Ya veis, gran augur, que no soy una mujer como las demas. Fatalidad, fatalidad! Aún no habia cumplido diez y seis años cuando me robó ese loco de Teseo.

CALCAS. Buen principio!

ELENA. Despues, ay! despues... Cuánta aventura!... cuánto pillo!... Creí, por fin, haber hallado mi tabla de salvacion, uniéndome al cándido y sencillote Menelao.

CALCAS. Pobre señor!

ELENA. Vive tan confiado, tan contento... Y al pensar que Vénus ha prometido á ese Páris el amor de la mujer más distinguida de Grecia; al pensar que esa mujer soy yo probablemente, el cabello se me eriza! Qué dirá mi marido?

CALCAS. Debe conformarse con los decretos de la diosa.

ELENA. No hay remedio. Fatalidad, fatalidad!

CALCAS. Teneis disculpa...

ELENA. Es claro. Pues con todo, mi pueblo dirá que si fué, que si vino... Ay! mi buen Calcas, qué desgraciadas somos las testas coronadas! (Se oye una flauta.)

CALCAS. Oh! señora, retiraos; que no vean vuestras lágrimas! aquí se dirige el príncipe Orestes.

ELENA. Mi sobrinito. Linda alhaja!

CALCAS. Siempre anda en malas compañías, en francachielas...

ELENA. Tambien tiene disculpa, es de la raza de los Atridas. Sígueme. (Calcas acompaña á Elena hasta el templo. Detiénese este á los gritos «¡Hola, eh! Calcas!» y baja á la escena.)

ESCENA V.

CALCAS, ORESTES, PARTHENIA, OLIMPIA, BAILARINAS Y AMIGAS DE ORESTES, por la derecha.

GRITOS. (Dentro.) Hola, eh! Calcas! Calcas! viejo loco...

CALCAS. Qué escándalo! Quién dirá que ese calavera es el

- hijo de Agamenon?
- ORESTES. Aquí le teneis... Viva el gran augur! (Orestes y cuantas le acompañan rodean á Calcas moviendo gran algazara.)
- TODOS. Viva, viva!
- CALCAS. Uf! (cómo huelen á Valdepeñas!)

MUSICA.

- ORESTES. En el café del Laberinto
el gran Orestes cenó ayer bien
con estas damas de Corinto.
Ay qué *champagne* y qué jerez!
Y tienen hoy un gran placer
en llegarte á conocer.
- CALCAS. Señoras, beso vuestros piés:
que yo me precio de cortés.
- ORESTES. Es muy galan, es muy cortés.
- CORO. Sí que lo es.
- ORESTES. Tsing! la! la! Tsing! la! la!
En una orgía doy al traste
con todo el oro de mi papá.
Pero no importa que lo gaste,
porque la Grecia lo pagará.
Tsing! la! la! Tsing! la! la!

HABLADO.

- ORESTES. Pues, si señor; este es el gran Calcas, el temido augur, el oráculo oficial, el confidente de mi ilustre papá.— Qué os parece?
- PARTH. Oh! muy bien.
- OLIMPIA. Retebien.
- CALCAS. Señoritas, agradezco... Pero dispensadme si me retiro... Un sacrificio me reclama...
- OLIMPIA. Un sacrificio hoy?
- CALCAS. Sí; dedicado á solemnizar la fiesta de Adonis.
- ORESTES. Sí, es cierto.—Mi amabilísima tia preside la funcion.

Anda, mi buen augur, no te detengas. Que te haga muy buen provecho el sacrificio. Seguidme, amigas mías. (Vánse todos, excepto Calcas, bailando y cantando. Mientras el augur dice el siguiente monólogo, Páris sale por el fondo: dirígese al templo, y al reparar en Calcas, baja á su lado.)

ESCENA VI.

CALCAS, luégo PÁRIS.

- CALCAS. Tsing! la! la! (Empezando á dar brincos.) Orestes, el hijo de Agamenon tambien baila, y bebe y... Oh! juventud, juventud! Y á decir verdad, la boca se me hace agua al pensar en lo que esta gente disfruta de la vida... No lo dejo yo por falta de deseos. Pero mi posicion oficial me lo impide....
- PARIS. Caballero... (Quitándose el gorro frigio.)
- CALCAS. Beso á usted la mano.
- PARIS. Tengo el honor de dirigirme al sapientísimo augur, al hombre más grande de la Grecia, al celeberrimo...
- CALCAS. Basta! Ese soy yo.
- PARIS. Deseo hablaros.
- CALCAS. Imposible. El sacrificio me espera.
- PARIS. No obstante...
- CALCAS. No tengo mi tiempo para perderlo con un pastor.
- PARIS. Os necesito.
- CALCAS. Quereis que os eche las cartas? En los arrabales encontrareis mil adivinos de tres al cuarto que podrán servirlos.—Yo soy el prestidigitador de la aristocracia.
- PARIS. Habeis recibido una carta de Vénus?
- CALCAS. Hace un siglo que no me escribè.
- PARIS. Es raro! La paloma salió de allí ántes que yo... Á no ser que se haya entretenido en el camino... Si ha encontrado algun palomo silvestre... Todo lo trastorna el amor.
- CALCAS. Sabeis que voy creyendo que sois un trapalon, y que no hay tal carta ni tal paloma?

- PARIS. Mirad.
- CALCAS. Qué?
- PARIS. Allá, en el horizonte, un puntito negro que se va agrandando, agrandando...
- CALCAS. Sí, es un gorrion. (Poniéndose unos quevedos.)
- PARIS. Es mi paloma con la carta.
- CALCAS. Será posible!... Ya está aquí. (La paloma trae una carta con sobre y sello en el pico. Viene á colocarse sobre el hombro de Paris. Se puede sustituir la paloma por una mujer con alas.)
- PARIS. Tomad. (Dáale la carta.)
- CALCAS. En efecto. Es de Vénus, no hay duda. (Arranca el sello del sobre y lo guarda en una cajita.)
- PARIS. Qué haceis?
- CALCAS. Guardar este sello de correos para la princesa Her-
mion, que está coleccionando los del orbe entero.—
Ya he encargado que me busquen los de los estados
de América.—Tambien escribí á España para que
me remitiesen el último modelo, creyendo que ha-
brian sustituido el anterior; pero ayer me contesta-
ron por telégrafo que piensan seguir con el antiguo,
hasta que sepan con seguridad si en el nuevo han de
poner rey ó Roque.
- PARIS. Qué, aun no lo saben?...
- CALCAS. No, señor, ni lo extraño... Dicen que cada español
quiere siempre y en todas ocasiones una cosa dis-
tinta.
- PARIS. De ese modo... Vaya, dejemos la política extranjera
y leed esta epístola sagrada que os dirige una deidad.
- CALCAS. Dice así. «Mi más querido Calquitas: me alegraré
»que al recibo de estas cortas letras talles con la
»cabal salud que yo pa mí deseo; la mia es güena
»pa lo que gustes mandar.» Ah! sí, reconozco el es-
tilo de la diosa. Yo le predije que esta seria la fór-
mula epistolar más extendida dentro de cuatro mil
años.. (Lee.) «Esta solo sirve pa decilte que muy
»pronto se te presentará un pastor jóven, rubio»

»guapote y metidido en carnes.» Verdad—«y que quiero que hagas con él lo mismo que yo he hecho...» Eh!... (Quédase mirando á París.)

PARIS. Adelante.

CALCAS. «Ques servirle en todo aquello que mandare. Es »nucliacho de güen gusto.—Figúrate si tendrá güen gusto que me dió á mí la manzana que querian tragarse la remilgá de Minelva y la hipróquita de Juno.—Vaya un par!—La una echándosela de virtuosa, y la otra rabiando siempre de celos.—Mia tú, qué barbariá.—Yo le tengo ofrecio á ese chaval, que en premio daberme proclamao á mí la mas resalá de las tres en el monte Ida, he de hacer que se muera po, sus pedazos una moza de lo güeno caiga en Greciar y el favor que te pío es que cuando Elena se presente en su presencia, tú le igas al oio: «Míala.» El pobre Menelao me da un poco é lástima, pero que tenga pacencia.—Con esto no te canso más.—Consélvate güeno, y manda á esta que testima y desea servirte—Vénus.»

PARIS. Qué te parece?

CALCAS. Conque sois ese Páris, hijo del rey Priamo? En toda Grecia se habla de vos con elogio.

PARIS. No me merezco otra cosa.

CALCAS. Y Vénus os protege?

PARIS. Ya lo veis.

CALCAS. Picaruelo. (Dándole palmaditas en la cara.) Si quisierais contarme cómo ocurrió aquello de la manzana en el monte Ida...

PARIS. Por qué no? Escuchad.

MÚSICA.

Tres diosas en el monte Ida
disputaban cierta vez
sobre cuál era la más bella
y graciosa de las tres.

Acertó á pasar entónces
un mozuelo como un sol.

(Hablado.) (Era yo.)

Y en su diestra una manzana
ostentaba el pícaron.

Las tres gritaron
hola! eh!

chaval gentil,
ven pronto, ven,
y que obtenga la manzana
la más bella de las tres.

Y es de ver
á las diosas arañar,
rabiár,
morder,
por querer
atrapar

con su palmito
á este doncel.

Una dijo: «Yo conservo
mi pudor, mi honestidad.

Venga el premio: soy Minerva:
nadie lo merece más.»

Otra dijo: «yo mi alcurnia,
mi trofeo alegraré.

Juno soy, y la manzana
sola yo me comeré.»

La tercera, como tonta,
me hizo un guiño y no chistó;

y por eso la tercera
la manzana se comió.

Y es de ver, etc.

HABLADO.

CALCAS. Bravo, bravísimo, simpático pastor! Digo, ilustre príncipe. Mis augurios, mis truenos, mis relámpagos

y yo estamos á vuestras órdenes.

PARIS. Gracias, gracias.—Os advierto que á nadie digais quién soy.—Deseo guardar el incógnito, hasta que se presente ocasion favorable á un golpe de teatro.

CALCAS. Silencio! (Ábrese la puerta del templo: descienden lentamente las jóvenes que acompañan á Elena y se retiran por la izquierda, enjugándose las lágrimas. Elena aparece la última. Calcas saca la carta de Vénus y lee.)

ESCENA VII.

PÁRIS, CALCAS y ELENA.

CALCAS. «Y el favor que te pido es que cuando Elena se presente en su presencia, tú le digas al oído, míala.»
—Míala. (Señalando á Elena.)

ELENA. Calcas? (Después de haberse fijado atentamente en París.)

CALCAS. Reina mía? (Acercándose.)

PARIS. Quién es ese joven?

CALCAS. Un extranjero.

ELENA. No sé qué extraña impresion
al verle sintió mi alma.

Ha un instante en dulce calma
me entregaba á la oracion;

y creciente agitacion
ahora mi pecho tortura.

Qué varonil apostura!

Qué ojos, qué boca, qué piel!

Nunca en un hombre admiré
tan espléndida hermosura.

CALCAS. Bravo, princesa! Hablais en verso.

ELENA. Estos son versos? Pues mira, no lo habia notado.
La emocion me inspira! Dime. En qué se ocupa?
Qué es?

CALCAS. Pastor.

ELENA. Pastor! Qué felices serán las pastoras!... Y estás seguro?

CALCAS. Podedis preguntárselo vos misma.
ELENA. Qué idea tan luminosa!... Lárgate de aquí.
CALCAS. (Vénus lo quiere! Fatalidad!)

ESCENA VIII.

PÁRIS y ELENA.

ELENA. (Por qué tiemblo? Por qué dudo?)
PARIS. (Parece que le hago tilin.—Me daré tono!)
ELENA. Jóven?...
PARIS. Es á mí?
ELENA. Me han asegurado que no eres más que un simple...
PARIS. Favor que quieren hacerme.
ELENA. Un simple mortal.
PARIS. Mortal concedo; en cuanto á simple...
ELENA. Que te ocupas en guardar cuadrúpedos.
PARIS. Es cierto.
ELENA. Y á qué vienes á mi córte?
PARIS. Quiero asistir al concurso público; quiero hacerme notable.
ELENA. Por tu hermosura?
PARIS. Por mi cacúmen.
ELENA. Bien; por ambas cosas. Eres muy guapo, no lo dudes.
PARIS. Ya, ya lo sé.
ELENA. Al ménos de frente. Veamos de perfil... Ahora en escorzo... Levanta la cabeza... Cierra la boca... Pues señor, de todos modos estás bien.
PARIS. Lo creo. (Quédanse mirando largo rato.)
ELENA. Ay! (Dando un grito agudísimo.)
PARIS. Cuerno! que me habeis asustado.
ELENA. Mirándote, olvido que aún tengo que arreglar mi tocado para la fiesta. Á ver. Qué hora tienes en el sol?
PARIS. Las tres y veinticinco. (Mirando al cielo.)
ELENA. No: yo tengo las tres menos diez. (Lo mismo.)
PARIS. Atrasais.
CALCAS. Los reyes se acercan. (Saliendo del templo.)
ELENA. Voy á ponerme el manto y á ceñirme la corona.

Necesitaré renovar el colorete?

PARIS. Sí, en la mejilla izquierda.

ELENA. He llorado hoy tanto por Adonis... Abur, muchacho.

PARIS. Con Dios.

ELENA. (Fatalidad, fatalidad.) (Váase.)

(Calcas y Páris se hacen guiños de inteligencia, y este se retira.)

ESCENA IX.

CALCAS, PARTHENIA, OLIMPIA y sucesivamente ORESTES, AQUILES, MENELAO, AGAMENON, GUARDIAS, músicos, pueblo y luégo ELENA y PARIS.

MUSICA.

CORO. He aquí los reyes de la Grecia;
que por sus ínclitas hazañas,
muy dignos son
de admiracion.

Ved á Orestes el galan,
Menelao el bonachon,
Aquiles el audaz,
y el grande Agamenon.

ORESTES. Yo soy el pimpollo de Grecia,
el mejor galan.

CORO. El mejor galan.

ORESTES. Yo soy el vástago ilustre
de sangre real.

CORO. De sangre real.

ORESTES. Mi nombre es Orestes,
y es célebre ya:
apenas yo solté el cascaron
supe adquirir gran reputacion.

CORO. Supo adquirir gran reputacion.

AQUILES. (Saliendo.) Mirad al famoso guerrero
al gran Mirmidon.
Aquel Aquiles brioso,

á quien su madre tan mal remojó.
CORO. Tan mal remojó.

AQUILES. Ay, cuánto me inquieta
este pícaro tendon,
que mi mamá
tanto descuidó
y no zambulló,
y tal vez me dé
la gran desazon.

CORO. Ese tendon
le dará tal vez
una desazon.

MENELAO. (Saliendo.) Yo soy el gran Menelao,
marido ejemplar,
que siempre vivo escamado
temiendo un azar.

CORO. Temiendo un azar.

MENELAO. Porque de mi Elena
hay muy poco que fiar,
y en ciertos casos
la persiguió la fatalidad.

CORO. La persiguió la fatalidad.

AGAMENON. (Saliendo.) Yo soy trofeo ambulante
de glorias sin fin.

Diré mi nombre glorioso:
no hay más que decir.

Soy el barbudo Agamenon:
mis barbas son el emblema
de mi condicion.

TODOS. Sus barbas son el emblema
de su condicion.

(Elena sale con manto y corona, seguida de su servidumbre.)

CORO. Hé aquí los reyes de la Grecia,
que por sus ínclitas hazañas
muy dignos son
de admiracion.

(Durante la repetición del Coro, Aquiles saluda á Elena y se

coloca á la derecha. Agamenon, Elena y Menelao toman asiento en la tribuna. Calcas y Orestes á la izquierda. El pueblo forma un semicírculo, dejando en medio á los personajes principales: los guardias y músicos se colocan simétricamente en las gradas del templo.)

HABLADO.

- CALCAS. (Bajo á Orestes.) Príncipe!
- ORESTES. Qué quieres?
- CALCAS. No ocupais vuestro lugar?
- ORESTES. No: he convenido con papá que permaneceré confundido entre las masas para aplaudir sus discursos.
- CALCAS. Pero, señor, un príncipe alabardero!
- ORESTES. Pues si no hubiera clac, quién aplaudiría á los oradores y á los artistas?
- CALCAS. Teneis razon.
- AGAMENON. Estamos listos?
- CALCAS. Sí, rey de reyes.
- AGAMENON. Se abre la sesion. (Tose, estornuda, saca un pañuelo y se suena y limpia el sudor.) Aunque nadie pide la palabra, yo que la tengo, se la doy al rey Menelao.
- ORESTES. (Ap'laudiendo y gritando.) Bravo, bien, bravísimo!
- AGAMENON. (Condernado!) (Rumores en el pueblo.)
- CALCAS. (Bajo á Orestes.) No tan pronto. Vais á comprometer el éxito.
- AGAMENON. (Á que me arriman una silba?)
- MENELAO. Señores: yo deberia presidir este solemne certámen; pero como no estoy acostumbrado á estas luchas oratorias, ruego á mi cuñado Agamenon que tenga la dignacion de presidir la funcion. Él es bonachon, y no perderá esta ocasion de proporcionarme tan gran satisfaccion.
- TODOS. Dolon, dolon, dolon, dolon.
- AGAMENON. Basta de aprobacion.
- MENELAO. Escuchadme sin repicar y sin... Cuando chiquitin,

aprendí el latin; pero no me entró en el magia, y repetiré hasta el fin que esta diversion no me hace tilin.

TODOS. Tilin, tilin, tilin, tilin.

AGAMENON. Basta de campanilleo.

MENELAO. He dicho: y devuelvo á mi cuñado la palabra que me dió.

AGAMENON. Yo la recobro, y acepto la presidencia. (Orestes aplau de sin hablar.) Amados oyentes míos: se trata de probar que aun la Grecia cuenta en su seno hombres de ingenio sagaz y erudicion pasmosa. Se adjudicará el primer premio, que consiste en un cucurucho de bombones, al que adivine un oscuro y endiablado acertijo; y el segundo, que consiste en una elegante corona de fresco laurel, al que descifre una complicadísima charada.—Árdua es la empresa: será por tanto imperecedera la gloria del vencedor. Todos pueden tomar parte en esta noble lucha del ingenio humano. Todos. Desde el más poderoso de los reyes al más humilde de los pastores.

ELENA. Eh! Dónde están los pastores?

MENELAO. Qué decis, esposa?

ELENA. (Ah!) Nada, señor.

AGAMENON. Vuelvo á coger el hilo. Magnates, guerreros, poetas, artistas, llegad. Qué tardais? La Grecia os mira hoy: el mundo os mirará mañana. Tened en cuenta mis palabras. Aguzad el ingenio, porque la posteridad... la gloria... los dioses...

TODOS. Ah!!! (Bostezando.)

AGAMENON. He dicho.

ORESTES. Bien, bravo; viva Agamenon!

TODOS. (Terminando el viva con un bostezo.) Viv... ah!!!

MENELAO. Qué triunfo, cuñado, qué triunfo! Música, música! (Los músicos tocan estrepitosamente y con desafinacion.)

AGAMENON. Admirable concierto! Es la banda de vuestros alabarderos?

MENEMAO. No: es una orquesta alemana, que he contratado para

esta fiesta.

AGAMENON. Basta de armonía.—Empecemos.—Leed el acertijo.

MENELAO. Atencion!

Chiquita como una almendra,
y toda la casa llena.

CALCAS. (Peliaguda es la cuestión.)

ORESTES. Pulga.

MENELAO. No es pulga.

OLIMPIA. Abejorro.

MENELAO. Tampoco es abejorro.

AQUILES. Mosca.

MENELAO. Nada de eso.

CALCAS. Choco... (No, no es chocolate.)

AGAMENON. Será posible que nadie descifre el enigma? Habrá muerto el ingenio en Grecia?

PARIS. No: yo diré lo que es.

ELENA. (Él. Fatalidad!)

AGAMENON. Y quién eres tú?

PARIS. Un pastor.

AQUILES. Qué atrevimiento!

TODOS. Que hable, que hable!

AGAMENON. Habla, pues.—Repetid el acertijo.

MENELAO. Chiquita como una almendra,
y toda la casa llena.

(Fíjanse todos en París con profunda atencion.)

PARIS. La llama de una vela.

MENELAO. Eso es!

AGAMENON. Oh prodigio!

TODOS. Oh asombro!

AQUILES. Oh rabia!

ELENA. Oh triunfo!

CALCAS. Oh pasmo!

TODOS. Oh!!!!

MENELAO. Música, música! (Los músicos tocan como ántes.)

TODOS. Viva, viva!

AGAMENON. Tuya es la caja de bombones.

ELENA. Toma, portentoso mancebo. (Dáale un cucurucho de bom-

bones.)

AGAMENON. Pasemos á la charada.

MENELAO. Mi primera y mi segunda
es todo aquel que se casa.

AQUILES. Ya sé lo que es...

AGAMENON. Chiton! invulnerable Aquiles: vais á decir un disparate.—Nadie lo acierta? (Pausa.) Proseguid.

MENELAO. Mi primera y mi tercera
en cuaresma no se gasta.

AQUILES. Dinero.

MENELAO. Amigo mio, no dais bola.

CALCAS. Ver... (No, no es vergüenza.—Eso no se gasta en
ningun tiempo.)

AGAMENON. Nadie lo acierta? Qué oprobio!—Qué dirá de nosotros el mundo? Adelante.

MENELAO. De la tercera y la quinta
dice el refran que la mancha
con otra verde se quita..

TODOS. Mora, mora, mora.

AGAMENON. Sí, sí. Eso es. (Consultando el papel.) Gracias, potente Jove! Aún no ha muerto el ingenio en Grecia.

MENELAO. Música, música!

(Todos se prosternan ante la estatua de Júpiter. Los músicos tocan como ántes. Pausa.)

AGAMENON. Adelante. (Todos se levantan.)

En mi segunda y mi cuarta,
conejos, liebres, perdices
y otros insectos se cazan.

(Todos se ponen el dedo en la frente.)

ORESTES. Laguna.

PARTHENIA. Montaña.

AQUILES. Plato.

MENELAO. Cerca le andais; pero no es eso.

CALCAS. Ambi... (No, no es ambigú.)

AGAMENON. Adelante.

MENELAO. Y en fin, para no cansar,
mi todo es cosa tan rara,

que silba cual la culebra
y por la boca echa llamas,
y en un momento recorre
interminables distancias.

He dicho.—(Silencio general.)

ORESTES. Galera.

OLIMPIA. Óbibus.

AQUILES. Borrico.

MENELAO. Los tres os acercáis, pero no dais con ello.

CALCAS. Ele... (No, no es elefante.)

AGAMENON. Nadie lo acierta?

PARIS. Yo. (Adelantándose.)

ELENA. (É! Fatalidad!)

AGAMENON. Aspiras también al segundo premio?

PARIS. Sí.

AGAMENON. Habla pues.

PARIS. Mi primera y mi segunda
es todo aquel que se casa.

Loco.

MENELAO. Cierto, cierto.

(Estupefacción general mientras París habla.)

PARIS. Mi primera y mi tercera
en cuaresma no se gasta.

Lomo.

MENELAO. Eso es, eso es!

PARIS. De la tercera y la quinta
dice un refrán que la mancha
con otra verde se quita.

Mora.

MENELAO. Admirable!

TODOS. Admirable!

AQUILES. Todos lo habíamos dicho.

AGAMENON. Por la misma razón debió creer que no era eso.

PARIS. En mi segunda y mi cuarta,
conejos, liebres, perdices
y otros insectos se cazan.

Coto.

- TODOS. (De admiracion.) Ah!!!
- PARIS. El todo decís que silba
y por la boca echa llamas,
y en un momento recorre
interminables distancias.
- Locomotora.
- MENELAO. Lo acertó.
- AQUILES. Maldicion! (Trágicamente.)
- AGAMENON y ELENA. Viva, viva!
- TODOS. Viva!
- MENELAO. Música, música!
- PARIS. No: que me duele la cabeza.
- MENELAO. Hein... Mar... Silencio! Les digo en alemán que no
toquen.
- AQUILES. Aquí hay trampa.
- MENELAO. Cómo trampa?
- TODOS. Sí, sí.
- AGAMENON. Explicad esas palabras.
- AQUILES. Contestadme vos. Qué es locomotora?
- AGAMENON. El rey Menelao os lo dirá.
- MENELAO. Esposa mía, decidse lo.
- ELENA. Yo no me rebajo...—Calcas?
- CALCAS. (Adios mi dinero.) Mandad, oh reina!
- ELENA. Qué es locomotora?
- CALCAS. Eso... locomotora...
- PARIS. La máquina que arrastra el tren por el camino de
hierro con fuerza incontrastable. Yo he adivinado
esa palabra, cuatro mil años ántes de su invencion.
- CALCAS. Adivinar es.
- AQUILES. Oh rabia!
- TODOS. Viva, viva!
- AGAMENON. Tuya es la corona de laurel.
- CALCAS. (Este hombre sabe tanto como yo.)
-

MUSICA.

- CORO. Viva el mancebo
singular!
Viva su ingénio
sin igual!
- AQUILES. (Me ha vencido un pastor.)
AGAMENON. Y este quidam quién es?
PARIS. Este quidam es Páris;
soy el hijo de un rey.
- TODOS. Oh Dios! / El jóven de la manzana!
ELENA. Oh cielo! /
- (Con expresion de asombro.)
- MENELAO. No es vuestra condicion villana!
Llegad entónces en buen hora.
Elena con dolor
aceptaba el papel
de ornar con el laurel
la frente de un pastor.
Coronadle, señora.
- (Páris se arrodilla. Elena le corona.)
- ELENA. Es para mí un honor.
TODOS. Viva Páris
el vencedor!
- MENELAO. Mi esposa y yo tenemos el honor,
oh! noble doncel! de ofreceros
nuestra imperial habitacion.
- ELENA. Á las seis la comida,
á las seis la sopa está servida.
- PARIS. Hija del mismo dios,
nunca lo olvidaré.
- ELENA. (Cruel fatalidad
arrástrame hácia él.)
- CALCAS. Contento de mi estás? (Bajo á Páris.)
PARIS. Yo lo estaria más
sin ver á mi rival; que el tal simplon

es un moscon
que no hace más que incomodar.

CALCAS. Yo le haré viajar.

PARIS. Gracias te da mi amor.

CALCAS. Philocomo, á tronar. (Ap. á Philocomo)

(Óyese un trueno horrible despues de un relámpago. Espanto general.)

AGAMENON. Ese estrépito feroz
es de Júpiter la voz.

Tronando así--no hay que dudar--
algo nõs quiere mandar.

CORO. Ese estrépito feroz
es de Júpiter la voz.

Tronando así, qué nos dirá?
su gran augur á decirlo va.

CALCAS. Desde los piés á la cabeza
sentí horrenda conmocion.

(Fingiéndose inspirado.)

Su voluntad ya sé.

TODOS.

Atencion!

CALCAS.

Por mi voz Jove decreta
que tú, rey Menelao, hoy mismo á Creta
te vayas á tomar
baños de mar.

MENELAO. Mas yo, señor, por qué me he de bañar?

ELENA. Vete, señor, y báñate en el mar.

PARIS. Gracias, mi fiel amigo. (Bajo á Calcas.)

MENELAO. Si yo estoy bien, por qué me he de bañar?

AQUILES. Ah! señor, partid á Creta.

AGAMENON. }
CALCAS. } Ved que Jove lo decreta.

PARIS. }
ORESTES. } Partid, partid.

TODOS. Sí, partid, marchad.

ELENA. Abur, adios. (Á Menelao.)

Los baños de mar (Á los demas.)

bien le han de sentar.

Se va mi esposo afligido.

y tiene razon;
que si está ausente el marido,
para un descuido
no falta ocasion.

TODOS.

No falta ocasion.

ELENA.

Á mí me persigue
la cruel fatalidad;
y es un dolor
que el pobre señor
sufra un azar
por irse á bañar.

TODOS.

Y es un dolor
que el pobre señor
sufra un azar
por irse á bañar.

PARIS.

Id á la Creta,
que lo decreta
celeste voluntad.
Ya se hace tarde.

TODOS.

(Méenos el Coro.)

Es tarde ya.

PARIS.

Nublado viene,
y de seguro tronará.

Nada os detenga; ved que es muy tarde,
señor, marchad.

(Salen varios esclavos: uno trae un mundo, otro un paraguas con funda de hule, otro un cabás, otro una manta de viaje en sus correas, otro una bolsa de viaje, otro una gorra. Páris le coloca á Menelao la gorra; Agamenon la bolsa de viaje, y Elena le entrega el cabás, el paraguas y la manta.)

ELENA.

Ya se hace tarde; nublado viene,
y de seguro tronará.

Todo está listo,
yo lo he previsto:
toma el paraguas,
toma el cabás.
Toma, hijo mio,

por si hace frio.
Mira que el pito suena ya.
Partid, partid;
marchad, marchad.
Vete ya.

TODOS. }
ELENA. }
ORESTES. }
PARIS. }
ELENA. }
TODOS LOS DEMAS. }

Ved que va á tronar.
Y te puedes mojar.
Partid, partid;
marchad, marchad.

ELENA. }
ORESTES. }
PARIS. }
ELENA. }

Partid, partid;
marchad, marchad.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de las habitaciones particulares de Elena. Puertas laterales: á la izquierda un lecho, á la derecha un velador: sitaliales á uno y otro lado. Al fondo tres grandes puertas abiertas que dan á una especie de azotea. Á la izquierda un cuadro que representa á Leda; á la derecha otro representando un cisne.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, BAQUIS y servidumbre de Elena.

MÚSICA.

CORO. Tu rostro encantador
brillará
con mágico fulgor,
y llenará
de admiracion
á la magnífica reunion.

BAQUIS. (Presentándole á Elena ropas.)
Mira esta túnica bordada.

ELENA. No quiero ropa descotada.
Hoy que he de ver tantos reyes aquí
no es natural que me vista así.
No me parece bien lujo tan singular,

y gran tristeza debo mostrar;
porque mi esposo
viajando está.

CORO y BAQUIS. Haces muy mal, que la hermosura
nunca brilló sin compostura.
Tu rostro encantador, etc.

HABLADO.

- BAQUIS. Es posible que un día como hoy no queráis engalanaros como corresponde á una reina?
- ELENA. Oh! qué porfía! Ya he dicho que no quiero.
- BAQUIS. Reparad que de un momento á otro los reyes invitados por vos, vendrán á entregarse á las delicias del juego.
- ELENA. Los recibiré en este traje.
- BAQUIS. La etiqueta de la córte exige...
- ELENA. No cambiaré de vestido: y si tuviese otro más austero, me envolveria en él hasta la vuelta de mi esposo.
- BAQUIS. Quebrantais las costumbres.
- ELENA. Es un voto que tengo hecho.
- BAQUIS. No insisto. Por dicha, vuestra hermosura brillará sin ayuda de espléndidos atavíos. Sois la mujer más bella del mundo.
- ELENA. Calla, calla! (Levantándose sobresaltada.)
- BAQUIS. Qué turbacion, señora!
- ELENA. (Fatalidad!) (Sale un esclavo por el fondo.)
- ESCLAVO. El príncipe Páris solicita dos minutos de audiencia.
- ELENA. (Fatalidad!) Hé aquí lo que yo temia.
- BAQUIS. Tranquilizaos.
- ELENA. No le recibiré.
- BAQUIS. Pensará que le teneis miedo.
- ELENA. Miedo yo? La hija de Júpiter y Leda? Hazle entrar. Escucha. Entretenle un momento. Antes quiero pedir á los autores de mis días el valor que en tan apurado trance necesito.
- BAQUIS. Pero estais agitada, trémula, nerviosa...

ELENA. Sí, muy nerviosa, muy nerviosa. Salid. (Á las damas.)

ESCENA II.

ELENA.

Palmípedo sagaz, cisne amoroso,
á quien debí la mísera existencia,
vuelve hácia mí tu pico cariñoso;
dí cómo ha de triunfar mi inexperiencia
de ese jóven audaz, fuerte y hermoso,
á quien Cupido amaestró en su ciencia.
Tú, que en lides de amor fuiste tan duclo,
enséñame á vencer, raro avechucho!
—Y tú, mamá, que del traidor chicuelo
los ardidés también al vuelo pescas,
haz que fuerza y valor me preste el cielo,
para luchar en amorosas grescas.
Y verás, si se escurre ese mozuèlo,
con qué gracia le suelto cuatro frescas.

(Levántase, y cuando ha dicho los dos versos siguientes, se dirige al aparador, sírvese una copa y se la bebe, significando en sus gestos que es bebida fuerte.)

Que ha de darme más ánimo, imagino,
una copa de ron y marrasquino.

MUSICA.

Cuando en las aras de himeneo
jura una niña amor y fe,
su voluntad y su deseo
cifra en guardarse pura y fiel.
Pero la paz del matrimonio
siempre la turba algun bribon:
sirvan de claro testimonio
Leda y el cisne seductor.
Di, Vénus, dí,
qué placer sacas tú

de hacer así
fracasar la virtud?
Es el amor un mal profundo,
y la belleza un don fatal;
contra el olimpo y contra el mundo
siempre tenemos que luchar.
Mas tal afán y ardiente celo
contra el destino inútil es;
porque si al fin lo quiere el cielo,
tarde ó temprano ello ha de ser.
Dí, Vénus, dí,
qué placer sacas tú
de hacer así
fracasar la virtud?

ESCENA III.

ELENA, PÁRIS y BAQUIS.

HABLADO.

- ELENA. Él es! valor!
BAQUIS. Su alteza el príncipe Páris. (Anunciándole: luego se retira. Páris entra con descarada desenvoltura, como haria en caso igual un pollo de nuestros dias. Elena se ha recostado en el lecho con estudiado abandono y tiende la mano á Páris sin volver la cabeza.)
PARIS. Buenos dias.
ELENA. Adios, príncipe.
PARIS. Estais enferma?
ELENA. No.
PARIS. Triste?
ELENA. Tampoco.
PARIS. Aburrida?
ELENA. Méenos.
PARIS. Calle! (Reparando en el traje de Elena y soltando una carcajada.)

- ELENA. Os reis de mí?
- PARIS. No: de vuestra *toilette*.
- ELENA. Sencillita.
- PARIS. Y feita.
- ELENA. Siento que no os agrade.
- PARIS. Con vuestro permiso. (Se sienta en un sitial al lado de Elena)
- ELENA. Qué se murmura, qué se miente por los salones de la aristocracia?
- PARIS. Nada sé.
- ELENA. Es extraño.
- PARIS. Estoy hecho un cartujo.
- ELENA. Más vale así.
- PARIS. Con efecto.
- ELENA. Pues! (Larga pausa.)
- PARIS. Estais enojada conmigo?
- ELENA. Yo? no.
- PARIS. Más vale así.
- ELENA. Con efecto.
- PARIS. Pues! (Pausa.)
- ELENA. Á cuántos estamos?
- PARIS. Á quince de Junio.
- ELENA. Sí?
- PARIS. Por qué lo preguntais?
- ELENA. Por nada.
- PARIS. Ya!
- ELENA. Pues! (Pausa.)
- PARIS. Decidme, Elena, (Con audaz y resuelta expresion.) OS habeis encontrado alguna vez cara á cara con un hombre audaz, resuelto, decidido?
- ELENA. Eh! Qué significa ese tono? qué intentais? Tengo miedo. (Levantándose sobresáltada.)
- PARIS. No huyais. Tomad asiento y escuchadme.
- ELENA. No huyo, tomo asiento y os escucho.
- PARIS. Ya sabeis que Vénus me ha ofrecido el amor de la mujer más *comm'il faut* del mundo.
- ELENA. Ya lo sé.

- PARIS. Creí en un principio que esa mujer fuéiseis vos, y os dije cuatro chicleos, os rondé la calle, en fin, os hice el oso...
- ELENA. Sois un atrevido.
- PARIS. Cómo suponer que la mujer designada por una deidad había de resistirme?
- ELENA. Pues ya veis que la deidad y vos os llevais un solemne chasco.
- PARIS. Cá! No es posible.
- ELENA. Cómo!
- PARIS. Me explicaré. El que aun no se hayan eumplido los infalibles decretos de mi divina protectora; el que no sintais hácia mí la más leve inclinacion, consiste sin duda en que yo me he equivocado; en que debe existir en Grecia otra mujer más *comm'il faut*, más espiritual, más linda que vos.
- ELENA. Eso sí que no lo paso. Atrevido! Desvergonzado! Insolente! Y no te saco los ojos por respeto á mi corona.
- PARIS. Zape!
- ELENA. Desagrávame ó tiembla! Dí que has mentido! Dí que soy yo la mujer designada por Vénus! Dilo: qué tardas?
- PARIS. Sí: una y mil veces lo diré. Vos sois la que me roba el sosiego, la que me hace hablar sólo, la que me abrasa el alma con la luz de sus ojos, la que...
- ELENA. Basta, basta; te perdono.
- PARIS. Y me amais?
- ELENA. No.
- PARIS. Osareis afrontar la cólera de los dioses?
- ELENA. Sí. (Cuánto sufro!)
- PARIS. No me amais?
- ELENA. No.
- PARIS. No?
- ELENA. No.
- PARIS. Á la una... Á las dos... Á las tres.
- ELENA. No. (Yo muero!)

- PARIS. Pues bien, basta de súplicas y humillaciones. Escuchad: tres caminos existen para llegar á una mujer. Primero: el amor.
- ELENA. Ese está cerrado. Segundo.
- PARIS. La violencia.
- ELENA. Ah! favor! socorro! Esclavos, municipales, serenos, comisarios!...
- PARIS. Nada temáis: no pienso seguir el segundo camino. Pudiera costarme la torta un pan.
- ELENA. (Cuánto me ama!) Pasemos al tercero.
- PARIS. El tercer camino, señora, es la astucia.
- ELENA. Cielos!!! (Cae desplomada en el lecho.)
- PARIS. Estoy á los piés de usted.
- ELENA. Beso á usted la mano. (Elena se cubre el rostro con las manos. Páris desaparece por el fondo: vuelve un momento despues; se acerca lentamente á Elena, y poniéndole una mano sobre el hombro, dice: La astucia! Elena lanza un grito desgarrador, y quédase mirando á Páris en actitud altamente trágica. Este se retira muy despacio, sin perder de vista tampoco á Elena.)
- PARIS. La astucia.
- ELENA. Ah!
- PARIS. La astucia! La astucia!

ESCENA IV.

ELENA y BAQUIS.

- BAQUIS. Señora, señora, los reyes se acercan.
- ELENA. Dónde estoy? Quién me habla?
- BAQUIS. Soy yo.
- ELENA. Y quién eres tú?
- BAQUIS. En qué estado la encuentro! Qué habrá sucedido?
- ELENA. Se fué ya?
- BAQUIS. Quién?
- ELENA. Él!
- BAQUIS. Sí, ya se fué.
- ELENA. La astucia!

- BAQUIS. Desvaria. Si estos condenados de hombres nos vuelven tarumba. (Óyese música dentro.)
- ELENA. Qué dulce armonía es esa que llega á mis oídos?
- BAQUIS. El canto que los reyes entonan ántes de entregarse al juego.
- ELENA. Qué prosáico incidente!
- BAQUIS. Ya se acercan.
- ELENA. Y yo que estoy loca. Será preciso volver á la razon. Ea!... ya estoy en mí.
- BAQUIS. Gracias, soberanos dioses!
- ELENA. Si el juego pudiera consolarme! Á qué jugaremos hoy?
- BAQUIS. Á lo de siempre, al mús.
- ELENA. Me alegro. Su amenidad, sus lances pudieran tan sólo prestarme algun alivio.

ESCENA V.

ELENA, BAQUIS, AGAMENON, AQUILES, CALCAS, ORESTES, GUARDIAS,
ESCLAVOS y CORO DE CABALLEROS.

Dos esclavos traen una gran mesa con tapete que colocar en el centro de la escena. Otro una bandeja con barajas, otro platillos con tanteos de marfil.

MUSICA.

TODOS. Esta noble diversion
es de todas el *non plus*
Qué placer! qué animación
nos dará el jugar al mús!
Viva el mús!

HABLADO.

ELENA. Necesito consultar vuestra ciencia. (Á Calcas.)

CALCAS. Cuando acabemos de jugar.

ELENA. Convenido.

CALCAS. Estamos listos?

AGAMENON. No veo al príncipe Páris.

ELENA. Acaba de salir. Á propósito. (Llévase aparte á Agamenon.) Si fuéseis mujer, y un galan os dijese con cierto retintin... «la astucia!... la astucia!...» qué haríais?

AGAMENON. Vivir siempre escamada.

ELENA. Eso hago yo. Gracias por el consejo.

AGAMENON. Qué noticias teneis de vuestro esposo? (Alto.)

ELENA. Hoy no he recibido carta suya.

AQUILES. Aún no ha llegado el correo. Yo esperaba una libranza del giro mútuo ..

CALCAS. (Bajo á Agamenon.) Este se previene para jugar de fiado.

AGAMENON. Siempre hace lo mismo.

CALCAS. Ea... al mús, al mús. Escoged compañero. (Á Elena.)

ELENA. Vos.

CALCAS. Oh! tanta honra...

ORESTES. (Mi tia sabe lo que se hace. El tal oráculo es un tatur de primera.)

AGAMENON. Quereis jugar conmigo, invulnerable caudillo?

AQUILES. Con mil amores.

ELENA. Á la mesa. (Siéntanse á la mesa de juego Elena, Agamenon, Calcas y Aquiles: tócale dar las cartas á este último, de modo que Calcas es mano.)

CALCAS. Barajad bien, amiguito. (Á Aquiles. Despues de haber recibido y mirado los naipes.) Mús.

AGAMENON. Mús.

ELENA. Qué hago, compañero? (Calcas le hace un guiño á Elena.) No hay mús.

CALCAS. Paso.

AGAMENON. Paso.

ELENA. Cinco envido.

AQUILES. Quiero.

CALCAS. Paso á pequeña.

AGAMENON. Y yo.

ELENA. Y yo.

AQUILES. Y yo.

CALCAS. Pares tengo.

AGAMENON. Yo tambien.

ELENA. Yo no.

AQUILES. Yo sí.

(En este momento Calcas, fingiéndose acometido de un fuerte acceso de tos, se separa de la mesa y saca del pecho unas cartas que cambia con las que tiene en la mano.)

CALCAS. Un amarraco envido: (Después de haberse sentado otra vez.)

AGAMENON. Dos.

CALCAS. Órdago.

AGAMENON. Quiero: tengo medias.

CALCAS. Aunque tengais calcetines.

AGAMENON. Tres caballos.

CALCAS. No basta: yo tengo duplex: cuatro reyes.

AGAMENON. Cómo cuatro reyes, si yo tengo uno?

AQUILES. Y yo otro?

CALCAS. Y no habeis visto barajas con seis reyes?

AGAMENON. Ah! Tramposo!

CALCAS. Eá! Basta. El dinero es mio.

MUSICA.

TOBOS. No.

CALCAS. Sí.

Todo es para mí.

Gané las tres pesetas: me llevo el dinero.

AGAMENON. Descomunal fullero,
piensas que nada ví?

CALCAS. Yo fullero no soy.

AGAMENON. Tus trampas
las vi yo.

CALCAS. Á perro viejo no hay tus tus.

AQUILES. Venga el dinero que usurpó.

CALCAS. Yo sí que digo que no hay más.

- ELENA. Oh, gran augur,
eso no está bien.
- ORESTES. Dame á mí la mitad (Bajo á Calcas.)
y te defenderé.
- CALCAS. Ni dos ochavos
soltaré.
- TODOS. Suelta la mosca,
gran bribon.
- CALCAS. Ni dos ochavos
suelto yo.
No, no, jamás;
todos atrás!
El gran augur
os dice abur.
- TODOS. El gran augur
es un tahur.
Ó el oro das
ó no saldrás.
- ORESTES y AQUILES: Sabiendo así ganar al juego,
vais á legar al nombre griego
una fatal reputacion
de tramposo y de bribon.
- CALCAS. Basta, no más:
todos atrás.
El gran augur
os dice abur.
- TODOS: No, gran augur;
no escaparás.
Si corres tú,
yo corro más.
- CALCAS. Pues á correr:
venid detrás,
y hemos de ver
quién corre más.
- TODOS. Pues á correr:
vamos detrás,
y se ha de ver

CALCAS. quién corre más.
 Soy brioso,
 soy fogoso,
 ya podeis venir detrás.
 Correis poco,
 no estoy loco.
 Sí, yo corro mucho más.
TODOS. Ah! tramposo,
 codicioso,
 las pesetas soltarás.
 Corres poco,
 viejo loco.
 Sí: yo corro { mucho más.
 Sí: ellos corren. }

ELENA.

(Calcas emprende la fuga; excepto Elena y Baquis, le siguen todos los personajes que se encuentran en escena. Saltan por encima de la mesa y derriban los sitaliaes. Cuando han desaparecido, los esclavos se llevan las mesas y colocan los muebles en su sitio. Elena se sienta eu el lecho.)

ESCENA VI.

ELENA y BAQUIS, despues CALCAS.

HABLADO.

ELENA. Qué oprobio, qué vergüenza! Un tramposo en palacio! El gran augur de Júpiter convertido en un fullero de taberna. Qué horror! Y si á lo ménos fuese más listo... Y en qué ocasion me da motivo de queja!... Cuando más le necesito... No tendré más remedio que perdonarle...

BAQUIS. Milagro será que salga vivo de entre las manos de esos feroces guerreros.

ELENA. Nada temas; devolverá el dinero.

BAQUIS. Ántes se deja sacar un ojo. (Aparece Calcas.)

ELENA. Ya estás de vuelta?

CALCAS. Y vencedor.

ELENA. Qué ha pasado?

CALCAS. Escuchad.

Á pocos pasos de aquí
me alcanza la turba fiera;
y gritando: muera! muera!
se echan todos sobre mí.

Mas qué hago yo? meto mano,

(Saca una gran navaja de muelles y la abre: despues se quita el manto y se lo arrolla al brazo izquierdo, tomando la actitud de un baratero.)

doy un salto, más ligero
que un corzo, y grito: «al primero
que se acerque, lo rebano.»

Y ya luché con ventaja
contra aquel enjambre ciego.

No hay francés, turco, ni griego
que se acerque á una navaja.

Digo!... y esta tiene siete
muelles, y una punta... Oh!

pues y el filo?... Me costó
seis reales en Albacete.

En poniéndome yo así,

(Hace todo lo que indica el diálogo.)

no me asusta ni un gigante.

Salto atrás... salto adelante...

Vengan valientes aquí!

En fin, para terminar;
cuando mis contrarios vieron
mi destreza, decidieron
al cabo capitular;

y con frases muy discretas
la refriega terminó.

Ah!... por supuesto que yo
no solté las tres pesetas.

Pues no faltaría más...

Primero suelto un colmillo.

Cuarto que entra en mi bolsillo
no vuelve á salir jamás:
Ya nada debo temer,
pues que gané la victoria:
Aquí paz y despues gloria...
y me guardo el alfiler.

(Cierra la navaja y se la guarda en el bolsillo del pecho.)

ELENA. Pues señor, preciso es convenir en que eres una buena alhaja.

CALCAS. Fuí cocinero ántes que fraile.

ELENA. Dejemos ya la historia de tus hazañas. Baquis, ve y dile á Agamenon y á los demas reyes, que esta noche no cenaré en su compañía, que me siento mala.

BAQUIS. Os obedezco.

ELENA. Preven al gefe de mi guardia, que mande doblar los centinelas de palacio, que registre todos los rincones, que atranque las puertas, que tres mil esclavos armados, custodien todas las avenidas de estas habitaciones, y que veinte de los más fieles guarden mi sueño desde este terrazo.

BAQUIS. Así lo haré. (Vásc.)

ESCENA VII.

ELENA y CALCAS.

CALCAS. Temeis alguna invasion enemiga?

ELENA. Ay! Sí.

CALCAS. Pues ya sabeis que mi brazo y mi navaja...

ELENA. Gracias, mi buen amigo... Sabes por qué tiemblo?

CALCAS. No.

ELENA. Por qué tomo tales precauciones?

CALCAS. Tampoco.

ELENA. Por qué quiero consultarte?

CALCAS. Méenos.

ELENA. Estremécete!

CALCAS. Brr... (Remedando un estremecimiento nervioso.)

ELENA. Serénate.

- CALCAS. Ah!... (Tomando aspecto de ridícula tranquilidad.)
- ELENA. Ha estado aquí.
- CALCAS. Quién?
- ELENA. Él!
- CALCAS. Ya!
- ELENA. Y me ha dicho...
- CALCAS. Qué?
- ELENA. La astucia.
- CALCAS. Oh!!!
- ELENA. La astucia... la astucia...
- CALCAS. Malo.
- ELENA. Qué haré?
- CALCAS. Consultarlo con la almohada.
- ELENA. No será lo mismo con el almohadon?
- CALCAS. Si es de plumas, idéntico.
- ELENA. Vaya, pues buenas noches!
- (En este momento aparecen los esclavos en el terrazo: dos de ellos corren las cortinas de las puertas del fondo. Elena se ha reclinado en el lecho y se queda dormida.)
- CALCAS. Buenas noches. (Yo voy á cenar con los reyes; les haré trincar y de sobre mesa les pondré un burlotito, á ver si los desplumo.)
- (Páris, disfrazado de esclavo, se ha acercado lentamente á Calcas; y le pone una mano sobre el hombro.)
- PARIS. Ah bribon!
- CALCAS. Cuerno!
- PARIS. Calla.
- CALCAS. Cómo osa penetrar en la estancia de la reina un miserable esclavo?
- PARIS. Mira. (Quitándose una barba postiza.)
- CALCAS. Páris!
- PARIS. Silencio... Oh! (Escóndese al ver llegar á Baquis.)

ESCENA VIII.

BAQUIS y CALCAS.

BAQUIS. (Trae una lámpara que coloca sobre el velador.) Vuestras

órdenes están ejecutadas.

CALCAS.

Chis!!!! duerme.

BAQUIS.

Ah! no turbemos su sueño. Venid.

CALCAS.

Prefiero quedarme.

BAQUIS.

Qué decis? Creeis que puedo consentirlo? Vamos.

CALCAS.

Mirad que...

BAQUIS.

Nada miro: salid.

CALCAS.

Pues, señor, vamos andando: que si usted tiene miedo, yo voy temblando. (Vánse los dos.)

ESCENA IX.

ELENA y PÁRIS.

PARIS.

(Entrando con precaucion.) Sólo... dormida... Vénus me protege. Que quiera ó no, yo he de robar á Elena, y he de llevármela á Troya. Qué es esto? (Óyese cantar dentro.)

MUSICA.

Demos al viento
un sólo acento:
viva el placer.
Nuestra ventura
en la locura
hemos de ver.

Apuremos de la vida
el encanto seductor.
El pesar pronto se olvida
entre el vino y el amor.

HABLADO.

PARIS.

(Asómase á una ventana.) Los cortesanos se entregau al vano deleite de la orgia. Esta es la ocasion, Elena! (Baja al lado de Elena.)

ELENA. Ah! (Elena se despierta sobresaltada y lanza un grito al ver á Páris.)

PARIS. La astucia! (Quédanse mirando.)

ELENA. Él!... aquí... á mi lado... No es posible: tres mil esclavos me guardan... Á no ser que se hayan dormido los tres mil!... No! yo soy quien está dormida... esto es un sueño!

PARIS. (Qué idea!) Sí, un dulce sueño...

MUSICA.

ELENA. Oh! placer! Esta grata ilusion
que turbó mi razon,
debe ser un ensueño no más,
un delirio quizás.

PARIS y ELENA. Un sueño
halagüeño
de amor.
Préstale la noche
su misterio encantador;
lo deshará
la luz del sol.

De la ilusion gocemos entre tanto,
Produce su encanto
un sueño de amor.

ELENA. Oh! Páris, oye y di... Yo quiero interrogar,
no al príncipe, al pastor. Deseo averiguar.

PARIS. Tu esclavo aguarda ya.

ELENA. Jamás te lo dijera
si esto un sueño no fuera.

PARIS. Habla pues.

ELENA. Dí, bribon:
te gusta Vénus
más que yo?

PARIS. Oh! reina! es la cuestion embarazosa,
cuando yo preferí á la altiva diosa,
la encontré...

- Callaré.
ELENA. Sí, ya sé.
PARIS. Y ví...
ELENA. Ya! sí.
PARIS. Oh! Elena, sí: tú lo adivinas!
Yo ví unas espaldas divinas
y una dorada cabellera
al viento flotar.
ELENA. Qué dulce es soñar!
No quisiera despertar.
LOS DOS. Qué dulce sueño de amor!
ELENA. Prosigue la pintura.
PARIS. Admiro tu hermosura...
Pero yo...
ELENA. Dí: qué?
PARIS. Tambien de la diosa
mirar logré
el talle gentil.
ELENA. Sí?
PARIS. (Elena descíñese el manto.) Sí.
Así, así.
ELENA. Respóndeme á una cosa.
Es Vénus más hermosa?
PARIS. No.
Pero ella en su mirar
mostróme el corazon
propicio á la ternura,
exento de rigor.
Besar su blanca mano
tambien me permitió.
ELENA. Sí?
PARIS. Sí: dos veces,
dos: más de dos!
ELENA. Más de dos!
PARIS. Por eso á Citerea
tan linda encuentro yo,
porque su blanca maño

- besar me permitió.
ELENA. Esto es soñar... Soñemos.
 (Tiéndele una mano. París la besa.)
PARIS. De la ilusion gocemos.
ELENA. Esto es soñar:
 podeis besar.
LOS DOS. Qué dulce sueño de amor! etc.

ESCENA X.

DICHOS y MENELAO.

Menelao entra con gorra de viaje, saco de noche, cabás, bolsa y paraguas. Quédase un momento parado al ver á París y Elena, y dejando caer de pronto cuanto tiene en las manos, grita desafortadamente.

HABLADO.

- MENELAO. Cuerno!
PARIS. Ya pareció aquello!
ELENA. Ah! (Pausa. Elena se restriega los ojos, hosteza y se espereza como si acabara de despertar.)
MENELAO. Qué significa?...
PARIS. Estaba durmiendo y vos la habeis despertado.
MENELAO. Á mí con esas! Estoy que bramo.
ELENA. Ah, eres tú, dulce amigo?...
MENELAO. Zalamera... Harpía!
ELENA. Te han sentado bien los baños?
MENELAO. Divinamente...
PARIS. Venis más gordo.
MENELAO. Ya lo creo...
ELENA. Es buen pais la Creta?
MENELAO. Magnífico. (Voy á estallar.)
PARIS. Habreis visitado el laberinto.
MENELAO. Sí. (Ójala me hubiera perdido en él!)
ELENA. Pero qué pasa?
MENELAO. Pasa!... que esto no puede pasar.

- ELENA. El qué?
MENELAO. Esto...
ELENA. Y qué es esto?
MENELAO. Esto... (Señalándolos á los dos.)
ELENA. Cómo!... sospechais?
MENELAO. Qué hacia aquí este señor?
ELENA. Aquí? No ha venido con vos?
MENELAO. Pues no se hace de nuevas!
ELENA. Estaba aquí! Luégo aquello no ha sido un sueño?
MENELAO. Eh? Qué es aquello? (Á Páris.)
PARIS. Qué sé yo?... Nada... aquello.
MENELAO. Ahora vereis. (Corriendo por la escena y gritando.) Agamenon! Aquiles! Orestes!—Venid, venid todos.
PARIS. Callad!
MENELAO. No me da la gana.—venid!
PARIS. Un marido, si se figura que tiene un rival, le pide satisfaccion con las armas.
MENELAO. Eso lo hace un marido vulgar, pero yo no soy un marido vulgar: yo soy un marido épico.
PARIS. Qué habeis de ser vos épico! Ni siquiera dramático: todo lo más, bufo.
MENELAO. Sí que bufo. Exterminio! venganza! Aquí todo el mundo!
ELENA. Los reyes están cenando: podeis proporcionarles una indigestion.
MENELAO. Que revienten.—Á mí, reyes de Grecia, á mí!

MUSICA.

- Venid, reyes de Grecia, llegad!
ELENA. Vais á portaros como un canalla.
PARIS. En caso igual quién no se calla?
ELENA. Fatalidad, fatalidad!
PARIS. Fatalidad!
MENELAO. Venid aquí, llegad! llegad!
(Óyese cantar dentro el coro anterior.)

CORO. (Dentro.) Demos al viento
un sólo acento;
viva el placer!
Nuestra ventura
en la locura
hemos de ver.
Apuremos de la vida
el encanto seductor.
El pesar pronto se olvida
entre el vino y el amor.

ESCENA XI.

DICHOS, AGAMENON, CALCAS, AQUILES, ORESTES, CORTESANOS, BA-
QUIS, DAMAS DE LA REINA, GUARDIAS Y ESCLAVOS.

Agamenon, Calcas, Aquiles y Orestes, vienen con coronas de pámpanos, con
una copa en la mano y un poco chispos.

AGAMENON. Es Menelao! (Con gran sorpresa al verle.)

MENELAO. Sí, él es: sí, el rey. (Trágicamente.)

TODOS. El rey!

MENELAO. Solo con mi mujer estaba este señor.

(Señalando á París.)

Reyes, que aquí me hicisteis la promesa
de ser custodia fiel de la princesa,
dó está mi honor, decid, dó está mi honor?

AGAMENON, ORESTES, AQUILES.

Por no saber guardar á la princesa,
voló su honor.

TODOS. Voló su honor.

AGAMENON. Bah! tu honor...

TODOS. Bah! su honor...

ELENA. Dó está su honor?

Qué hice yo de su honor?

(Cada personaje remeda un instrumento.)

TODOS. Vano furor

:

hoy os exalta;
porque en rigor
vuestra es la falta.
MENEIAO. Mia es la falta?
TODOS. Tuya es la falta.
ELENA. Despues de estar
ausente un mes,
todo marido
tiene el deber
de prevenir
á su mujer
cuando á su hogar
piensa volver;
y evita así
cualquier revés;
pues su mitad
sabrà muy bien,
no dejar ver esos descuidos
que los maridos
no han de saber.
TODOS. Pues su mitad
sabrà muy bien, etc.
ELENA. Mas si al volver
á su mansion
no dice claro,
aquí estoy yo,
á son de trompa
ó de tambor,
suele pecar
de imprevision;
y su mujer
por un error,
le puede dar
un susto atroz,
dejando ver
esos descuidos
que los maridos

- no han de saber.
- MENELAO. Vosotros me debéis vengar
de ese vil que me osa ultrajar.
- AGAMENON. Sal ya, truhan,
vil seductor!
Tu conducta
me da horror.
- PARIS. Partir sin llevármela
es cruel;
pero muy pronto
volveré,
y á la bella Elena
os robaré.
- TODOS. Parte, seductor.
Sal de aquí ya.
- ELENA. Vete, mi bien:
mi amor te seguirá.
Gallardo pastor,
por piedad,
evita su furor.
Mi bien, parte ya!
Mi ardiente amor
te seguirá.
- CORO. Oh! vil seductor,
ya nos ves ardiendo en furor.
Sal ya, ó la piel quizás
á dejar hoy vas.
- PARIS. Me protege Elena
y Vénus también.
Por qué, caballeros, armar tal belén?
La diosa condena
tal insurrección:
pronto hará que suene
la hora del pastor.
- TODOS. Fuera ya! Vete, sí!
que siento la bilis
subírseme aquí.

PARIS. Nadie osó decirme á mí
vete, vete, vete ya.

ELENA. Dulce pastor,
de aquí sal ya:
mi ardiente amor
te seguirá.

PARIS. De su furor (Señalando á ellos.)
me rio ya;
tu ardiente amor (Á Elena.)
me seguirá.

(Todos quedan en actitud amenazadora. París los contempla con desprecio.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Campiña amena; al fondo el mar. Á derecha é izquierda elegantes cobertizos de telas de colores, sostenidos por columnas. Mesas y sillas. Damas, caballeros y gente del pueblo llenan la escena; unos están sentados y bebiendo: otros pasean.

ESCENA PRIMERA.

PARTHENIA, OLIMPIA, ORESTES, AQUILES, PUEBLO.

MUSICA.

CORO.

Reid, gozad,
bebed, cantad.

De vino alegre y espumoso
llenad la copa trasparente.

Á Baco y Vénus solamente
rindamos culto fervoroso.

ORESTES.

Del rey Menelao se queja la diosa
con harta razon,
porque á Páris dió un sofocon;
y nuestras almas hoy acosa
un ardiente afan de placer y de amor.
Vénus agita nuestra alma
con volcánica pasion.

Si un revés no sufre en calma
el marido regañon,
del martirio halle la palma
su egoista condicion.

Vénus dijo: «no hay perdon
para el marido regañon.»

CORO.

Vénus dijo: «no hay perdon
para el marido regañon.»

HABLADO.

ORESTES. Qué tal el agua esta mañana, ardoroso Aquiles?

AQUILES. No sé; no me he bañado. Esta playa no me seduce;
y sin embargo, la gente de buen tono la ha puesto de
moda. El año que viene pienso ir á Biarritz ó á San
Juan de Luz.

ORESTES. La playa de San Sebastian es para vos la más con-
veniente: no se encuentra en ella un solo guijarro.

AQUILES. Y qué?

ORESTES. Que podeis tomar los baños, sin peligro de heriros en
la única parte vulnerable de vuestro cuerpo.

AQUILES. (Maldito talon! Maldito descuido el de mi señora
madre!)

PARTHENIA. Y qué ocurre de nuevo? Qué se murmura?

ORESTES. No falta tela. Mi amabilísima tia y el pastor disfrazado
nos proporcionan ocasion sobrada de inventar
euredos y calumnias.

AQUILES. El rey Menelao desde hace ocho dias anda como
embobado. Habla solo; á cada momento exclama...
«Qué será aquello?»

ORESTES. Está celoso; pero el buen señor ve visiones. Elena es
inocente.

AQUILES. Hay, sin embargo, un dato que justifica las sospechas
del rey.

PARTHENIA. Cuál?

AQUILES. Esa desenfrenada aficion, que en él se ha despertado,
á la pesca de caña.

PARTHENIA. Síntoma alarmante!

ORESTES. Tened en cuenta que el rey pesca acompañado de su esposa.

OLIMPIA. Circunstancia atenuante.

ORESTES. Há un momento los ví sentaditos como dos enamorados en esa roca inmediata.

OLIMPIA. Pescando?

ORESTES. Por supuesto.

AQUILES. Oh! aquí se acercan. (Todos se retiran al fondo.)

ESCENA II.

DICHOS, ELENA, MENELAO y GUARDIAS.

Elena y Menelao salen lentamente por el primer término de la izquierda, seguidos de doce guardias. Todos traen la caña de pescar al hombro y la chistera á la espalda. Menelao ademas trae un gran lenguado en la mano.

MENELAO. La pesca del lenguado tiene fama;
mas este que en el mar hoy he pescado
á pesar de tener tan poca escama,
á mí me tiene ya muy escamado.
Ya en mi poder, miró á la régia dama,
y me dijo en su lengua de lenguado:
rey consorte, no seas tan camello!
piensa en el sueño aquel: piensa en aquello!

(Después de dicho este monólogo, prosiguen la marcha, que han interrumpido un instante.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos ELENA y los GUARDIAS.

OLIMPIA. Qué ha dicho? (Adelantándose con los demas al proscenio.)

ORESTES. No he podido entender una palabra.

PARTHENIA. Muy abatida está la reina.

AQUILES. Es natural.

ORESTES. Y el rey engorda que es un contento

AQUILES. Tambien es natural.

ESCENA IV.

DICHOS, AGAMENON y CALCAS, ambos en traje de baño: como los que se usan en el día. Salen recatándose de los demás.

AGAMENON. El momento es oportuno para averiguar lo que de ellos murmura esta gente corrompida y mordaz.

CALCAS. Pero, señor, en este traje de mamarracho!...

AGAMENON. Luégo nos mudaremos.

ORESTES. Pues, sí, la prueba evidente de la inocencia de mi tía, es que Vénus tomó el cielo con las manos cuando supo que su protegido Páris se volvió como había venido.

AQUILES. Y pagamos justos por pecadores. Vénus ha pedido auxilio á su compinche Baco para vengarse de nosotros en regla. Y su doble influencia ha convertido nuestra patria en un berengenal, en un burdel.

AGAMENON. Qué horror! (Ap. á Calcas)

AQUILES. Can-cán por acá... borracheras por allá... mujeres sin maridos... maridos sin mujeres...

AGAMENON. Oh! dióses! (id.)

AQUILES. Orgías, galanteos, rivalidades...

ORESTES. Todo es mucha verdad; y lo que es á mí no me pesa.

AGAMENON. Qué escucho? Mi hijo... «Cálcas, no puedo más, sostenme, amigo »

CALCAS. Ya os sostengo. (Agamenon se recuesta sobre Calcas.)

ORESTES. Parthenia le ha quitado tres galanes á Olimpia.

AQUILES. Olimpia le ha decomisado cuatro á Parthenia.

PARTH. Me debes uno.

AGAMENON. Oye y tiembla. (Apoyándose sobre Calcas.)

CALCAS. Señor, con vos encima no puedo temblar.

AGAMENON. Pues no tiembles.

ORESTES. Olimpia, págale conmigo...

AGAMENON. Esto es demasiado: no puedo más.—Miserables! (Colocándose en medio de todos.) huid de mi vista. Tened mi furor!

TODOS. Já! já! já!

- AGAMENON. Os reis de mí?
- ORESTES. Oh! señor, Dios nos libre. Nos reimos de vuestro *négligé* de mañana.
- AGAMENON. (Uy! Habia olvidado...)
- AQUILES. Pues mirad á este. (Trayendo de la mano á Calcas.)
- TODOS. Já! já! já!
- CALCAS. (Nos cayó la loteria.) Señor, escurramos el bulto. (Bajo á Agamenon.)
- ORESTES. Ese atavío rebaja vuestra dignidad.
- AGAMENON. Eso es cierto: mañana me bañaré con la corona puesta. (Todos se rien.)
- CALCAS. Brf... (Tiritan lo.)
- AGAMENON. Tiritas, Calcas?
- CALCAS. Estoy hecho un sorbete. (Todos se rien.)
- AGAMENON. Yo tambien. Vamos á vestirnos. Paso, paso, vil muchedumbre!
- ORESTES. Viva Agamenon!
- TODOS. Viva! viva! (Vánse Agamenon y Calcas por el fondo. Todos los siguen riendo y con gran algazara.)

ESCENA V.

ELENA, MENELAO, salen por la derecha.

- MENELAO. «Aquello no fué un sueño!» Aún en mi oido sonando está esa frase. Y como en ello mi honor se halla tal vez comprometido, necesito saber lo que fué aquello. Aunque mi génio es blando, lograré que cedais á mi porfia: que me está la tal frase noche y dia escarabajeando. De la buena opinion la honra es la base; y por tanto me empeño en ver la explicacion de vuestra frase. «Aquello no fué un sueño!»
- ELENA. Con esto y con lo otro, con aquello y con esto

me poneis en un potro.

MENELAO. Y vos, señora, dónde me habeis puesto?

ELENA. Donde habeis merecido.

MENELAO. Eso me escama.

ELENA. La duda es en extremo inoportuna.

No mereceis por vuestra ilustre fama

que os pongan... en los cuernos de la luna?

MENELAO. Ese elogio es tal vez exagerado,

y al oírlo me asusto.

Á mí no me parece de buen gusto

nombrar la sogá en casa del ahorcado.

ELENA. Dejadme en paz! Sabeis que aquí he venido

sólo para olvidar.

MENELAO. Bien, cara esposa!

Mas hay alguna cosa

que yo no puedo echar en el olvido.

De hablar llegó la hora:

tengo como quien dice el agua al cuello.

Conque hablemos, señora:

necesito saber lo que fué aquello.

ELENA. Dejadme de sandeces!

MENELAO. Caracoles!

El desprecio al ultraje

añadis, y esto tiene tres bemoles!

ELENA. Rey Menelao! (En actitud amenazadora.)

MENELAO. Bramo de coraje!

ELENA. Pues no dice que brama!

MENELAO. Y mucho.

ELENA. Al emprender este viaje,

para alivio del tédio que me aqueja,

no entraba en mi programa

el tener un moscon siempre á la oreja.

MENELAO. Moscon á mí!

ELENA. Y aunque os adulo creo.

De qué pensais que peca

el marido importuno, tonto y feo

que me trae á paseo

- no más que para darme una jaqueca?
- MENELAO. Yo quiero conocer esa aventura
que para redoblar las ánsias mías
hace ocho días ya que en frase oscura
vaga por vuestro labio.
- ELENA. Y quién se apura
por lo que haya pasado hace ocho días?
- MENELAO. Y si fuera un delito?
- ELENA. En ese tiempo habria ya prescrito.
- MENELAO. Linda jurisprudencia!
Yo no tengo tan ancha la conciencia.
- ELENA. Pues hay muchos que miran sin enojos
lo que agotó vuestra paciencia escasa,
y hasta cierran alguna vez los ojos
por no ver lo que pasa.

ESCENA VI.

DICHOS, AGAMENON, CALCAS.

- AGAMENON. Buenos días, Elena!
- CALCAS. Salud, princesa ilustre!
- ELENA. Ay!
- CALCAS. Qué os apena?
- ELENA. A tiempo llegais.
- AGAMENON. Habla!
- ELENA. De eso trato.
- AGAMENON. Qué ocurre?
- ELENA. Que es mi esposo un mentecato.
Quiere que yo le explique cierta frase,
y aquí me estaba dando hace ya un rato
un tabardillo de primera clase.
- MENELAO. En mi blason heráldico no es cosa
de admitir esa especie de trofeos,
que dan una opinion muy lastimosa
del que los lleva, y quiero que mi esposa
hoy se sienta en el banco de los reos.
- ELENA. Lo veis? Está cual nunca insoportable.

- (Señalando á Menelao.)
MENELAO. Quiero la explicacion: quiero que hable.
(Señalando á Elena.)
ELENA. Pero al ser acusada
no olvideis, si el recuerdo no os enfada,
que la reina soy yo...
MENELAO. Nunca lo olvido.
ELENA. Y que gracias á mí, señor marido,
llevais vuestra cabeza coronada.
CALCAS. Já! já!
MENELAO. Os reis?
CALCAS. Y aun aplaudirla debo.
El chiste tiene gracia, aunque no es nuevo.
MENELAO. Pudiera ser mi posicion muy grave
y mi suerte funesta.
AGAMENON. De qué se trata, en fin?
MENELAO. Ella lo sabe.
ACAMENON. Escuchemos entónces su respuesta.

MUSICA.

- ELENA. En verdad de nada soy culpable.
Qué pasó no acierto á explicar.
Sólo diré que es un jóven adorable
el pastor de sangre real.
Con su amor mi sueño
fué á turbar.
Lo que allí pasó
tan sólo fué soñar.
Caro esposo,
si un sueño no más
como un toro
te obliga á bramar,
dime: qué harías
si el sueño fuese realidad?
Yo luché con sin par heroismo,
y por fin conseguí triunfar;

más sabré, Menelao, por lo mismo
una ofensa con otra vengar.

Oh! temblad,
si al fin acabo yo
lo que empezó
la fatalidad!

Caro esposo,
si un sueño no más
como un toro
te obliga á bramar,
dime: qué harías
si el sueño fuese realidad?

HABLADO.

MENELAO.

Mi buena amiga!

ELENA.

Vuestro necio empeño
ha turbado por siempre mi reposo.
Mas... guay de vos, esposo,
si se convierte en realidad mi sueño! (Váase.)

ESCENA VII.

AGAMENON, MENELAO y CALCAS.

MENELAO. Lo veis? Hablando se entiende la gente. Ya estoy tranquilo.

AGAMENON. Tranquilo!

CALCAS. Es de buen componer.

MENELAO. La pobrecilla estaba dormida en el momento de entrar aquel pillastron... Cuando uno está dormido, no sabe lo que hace.

AGAMENON. Gran augur... (De pronto y con énfasis dramático.)

CALCAS. Señor...

AGAMENON. Á ella!

CALCAS. Á ella!

AGAMENON. Temblad! (Á Menelao trágicamente.)

CALCAS. Temblad!

- MENELAO. Por qué? (Remedándoles.)
CALCAS. Por lo que os vamos á decir.
MENELAO. Decidlo primero y luégo temblaré.
AGAMENON. Nos hallamos sobre un volcan.
MENELAO. Caramba! Mudemos de sitio.
CALCAS. No queremos decir eso.
MENELAO. Pues decid lo que queráis.
AGAMENON. Vénus exige de tí un gran sacrificio.
MENELAO. Que haga otro viaje? Ya está fresca.
CALCAS. No es eso. Vénus le ha ofrecido á París...
MENELAO. Sí, ya sé lo que le ha ofrecido; pero yo digo que es-
tán verdes.
AGAMENON. No hay remedio. La diosa ha dispuesto de tu mujer.
MENELAO. Sí? Pues que disponga de su marido.
CALCAS. Sacrilego!
MENELAO. Cuidado, que ya me van á mí cargando estos dioses
tan entrometidos y tan chismosos y tan...
AGAMENON. Impío!
MENELAO. Que vuelva, que vuelva por aquí el pastorzue!o de la
manzana: que yo le diré...
CALCAS. Señor, salvad la patria.— Entregadle vuestra esposa.
MENELAO. Dale! no me da la gana.
CALCAS. Vénus ha esparcido en la atmósfera unas emanacio-
nes sutiles y maléficas, á cuya influencia todo es de-
senfrenó y corrupcion en vuestro pueblo.
AGAMENON. Los placeres, los vicios nos dominan.
CALCAS. Cualquiera diria que estamos en pleno siglo diez y
nueve.
AGAMENON. Simpático cuñado... Sacrificatel
CALCAS. Inmólate!

MUSICA.

- AGAMENON. Hoy que la patria está en peligro,
que no hay marido sin rival,
tú, débil rey, con bárbaro egoismo
disfrutas en tu casa de amor y dicha y paz.

- Despierta Menelao!
Á la mujer deja el marido.
- CALCAS.
AGAMENON.
CALCAS.
MENELAO.
AGAMENON.
MENELAO.
CALCAS.
AGAMENON.
CALCAS.
AGAMENON.
- Oh, pueblo corrompido!
Y á su vez, la mujer
al marido
deja tambien!
Y qué he de hacer yo,
si los matrimonios no se llevan bien?
Tú, débil rey gozando estás
de amor y paz, sin ver jamás
que tu país
es un berenjenal.
El rey soy yo
y he de gozar
de alegre bien-estar
sin ver que mi país se convirtió
en un berenjenal.
Ejemplo vil de corrupcion
á los futuros legarás.
Y en otra edad oirás
hasta en cantares,
decir que tú fuiste un simplon.
Marido manso y bonachon
te llamarán.
Á tu mujer tambien desollarán,
y tus colegas por millares
contarán.
Ya no hay virtud ni amor en Grecia,
y el mundo nos desprecia.
Todo es placer, fiesta y bureo,
y licenciosa bacanal.
Vénus preside este jaleo;
llora postrada la moral.
Triste país!
Era fatal!
Conjura, oh rey!
tan grande mal.

Ya verás dónde
vamos á parar,
si tú no remedias
tanto mal.

MENELAO.

Es verdad, al abismo
vamos á parar.

AGAMENON.

Deben estar sin duda ciegos,
cuando con necio y loco afan,
no hallan delicia ya los griegos
más que en el baile del can-cán.

Tú, gran augur, (Á Calcas.)
baila á compás. (Calcas baila.)

Verás, señor, (Á Menelao.)
lo que es el can-cán.

Ya verás donde
vamos á parar,
si tú no prohibes
el can-cán.

AGAMENON y CALCAS.

Te debes inmolar
si á tu país quieres salvar.

El justo Dios
te premiará.

(Menelao se aparta de ellos en actitud de reflexion y abatimiento.)

Ya vacila...

Oh cielo!

Ya espira...

(Acercándose de nuevo á él.)

Al género humano te debes inmolar:
el bien de la patria te manda morir.
Qué importa la muerte, pudiendo evitar
que haya Menelaos en el porvenir?

MENELAO.

Al género humano no quiero salvar,
ni el bien de la patria me manda morir.
Por más que yo muera, no se ha de evitar
que haya Menelaos en el porvenir.

Si Vénus quiere por trofeo

sangre humana derramar,
cumpla Vulcano su deseo,
y así viuda quedará
de un viejo tonto, cojo y feo.

CALCAS y AGAMENON. No blasfemes, por piedad!

HABLADO.

MENELAO. Pues, señor, repito que aunque todos reventemos á la vez, yo no suelto á mi Elenita.

AGAMENON. Hombre egoísta! Ya me ves á mí: adoro á mi hija Ifigenia: pues bien, si los dioses me la pidieran, yo les diría: «tomadla,» aunque me matara el dolor.

MENELAO. Y si os pidieran á Clitemestra?

AGAMENON. Á mi mujer!

MENELAO. Á vuestra mujer.

AGAMENON. Ah! eso es otra cosa.

MENELAO. Lo estais viendo?

AGAMENON. Entónces les diría: «tomadla!... y gracias por el favor!»

MENELAO. Pues ea, yo no pienso como vos.

CALCAS. Pero si la cosa es lo más sencillo del mundo. Vos tenéis una mujer, os la piden, la dais, y asunto acabado.

MENELAO. No, si lo que yo quiero es que no se empiece el asunto.

AGAMENON. Mirad!...

CALCAS. Ved!...

MENELAO. No, no y retenó! Soy dueño de mi albedrío. Cada cual tiene su autonomía.

CALCAS. Autono... qué?

MENELAO. Autonomía.

AGAMENON. Y qué es eso?

MENELAO. Una palabreja reciente, que hemos inventado para que todo el mundo sepa que puede hacer cuanto le diere la gana.

- CALCAS. Ya!
- MENELAO. Por lo demas, no penseis que yo me duermo en las pajas: he pensado un medio eficaz para obtener de la diosa una transaccion. La he escrito suplicándole que, con el fin de arreglar este asunto, á vuelta de correo me envíe su gran augur.
- CALCAS. Cómo! Aquí otro augur? La rivalidad! la competencia! la libertad de comercio! la libertad de discusion! la libertad de augures!
- AGAMENON. Pues mira, hombre, para ser de mi cuñado, no me parece tan mala la idea.
- CALCAS. Otro augur! Y para qué, señor, para qué? Pensais que su intercesion baste á curar los males que nos afligen. Vénus nada puede hacer en este negocio.
- MENELAO. Ya vuelves la casaca? Antes decias...
- CALCAS. Sé, por experiencia, que cada pueblo tiene una enfermedad gravísima, que no tiene cura, ó que no conviene curar. Esto opinó el mismo Júpiter, cuando en las últimas córtes le pidió cierto diputado cierta cosa para cierta nacion.
- MENELAO. Qué diputado?
- AGAMENON. Qué cosa?
- MENELAO. Qué nacion?
- CALCAS. Escuchad.

Viendo que el mal con exceso
por el orbe se extendia,
Júpiter convocó un dia
el olímpico congreso.
Á fuer de dios liberal,
ordenó que las naciones
hicieran sus elecciones
por sufragio universal.
Mas no le valió la maña,
pues hubo luchas impías,
desastres y tropelías...
excepto sólo en España.
Por sus parciales nombrados

y á guisa de embajadores,
fueron los dioses mejores
á hablar como diputados.
El inglés, que enredos fragua,
viendo en el mar su destino,
aunque rinde culto al vino,
optó por el dios del agua.
En Apolo delegó
toda Italia sus poderes,
y la diosa de Citéres
á Francia representó.
España, siempre en campaña,
riega con sangre su tierra;
y Marte, Dios de la guerra,
fué el elegido de España.
Principió la conferencia
con saludos reverentes:
calóse Jove los lentes,
y ocupó la presidencia.
«Que ya la sesion se abra,
dijo, y que cesen las toses.»
Y cada uno de los dioses
fué tomando la palabra.
Vénus indicó reformas
de buen gusto y diplomacia,
y Francia obtuvo la gracia
de engañar con buenas formas.
Por mar, pidió dominar
Neptuno, en paz como en guerra:
desde entónces Inglaterra
es el coloso del mar.
Vencer quiso en todas partes
el dios de la poesía:
Italia es desde aquel dia
cuna de las bellas artes.
Marte, por fin, cosa extraña!
á Júpiter se dirige

y un buen gobierno le exige
para hacer feliz á España.
Mas Jove, frunciendo el ceño,
dice, «tiene tres bemoles
eso que los españoles
me piden con tal empeño!
Á España mi amor consagro;
pero un imposible implora,
y no estoy de humor ahora
para hacer ese milagro.
Mi inmensa bondad revelo
en cuanto la España encierra:
no hay tierra como esa tierra,
ni cielo como ese cielo.
Yo le dí el genio fecundo;
la hice gloriosa en las lides:
si accedo á lo que me pides,
va á ser la reina del mundo.
Vaya! No faltaba más!
Buen gobierno? No conviene.
Ni lo tuvo, ni lo tiene,
ni lo ha de tener jamás!»

ESCENA VIII.

DICHOS, PARITENIA, OLIMPIA, ORESTES, AQUILES, PUEBLO.

- ORESTES. Por aquí, por aquí. (Dentro.)
TODOS. Miradla. (Id.)
CALCAS. Una galera!
MENELAO. Hombre, ahora se llaman mensajerías.
CALCAS. Señor, si es una galera marítima.
MENELAO. Eso es otra cosa.
AQUILES. Magnífico barco! (Saliendo seguido de todos los demás.)
ORESTES. Y trae el pabellon de Citéres.
MENELAO. Sin duda conduce al gran augur de Vénus. (Aparece la galera.)

- CALCAS. Reniego de su estampa.
TODOS. Ya está aquí, ya está aquí!
MENEAO. Prosternaos, hijos míos: imploremos el perdón de la diosa. (Todos se arrodillan: París disfrazado de augur salta á la escena desde la galera que ha salido por la izquierda)

MUSICA.

- Coro. El gran navío de Citerea
arriba ya.
Averigüemos lo que desea
esa deidad.
Su gran augur
explicará
lo que la diosa
quiere mandar.
Todos venid,
todos llegad,
á recibir
á la deidad.
La Grecia entera suplicante,
oh gran augur, mira á tus piés.
Triste la voz, mústio el semblante,
pena y afán en todos ves.
- PARIS. Y osais pensar, oh grandes majaderos!
que un duelo tal me regocije el veros?
de Vénus al altar,
id con alegre humor:
no hay otro culto allí
que el culto del amor.
Oír gemir así
no es grato para mí.
- TODOS. Oír gemir así
tambien me carga á mí.
- PARIS. Como yo debeis ser:
vaya un himno al placer.

TODOS. Del amor el poder
dicte un himno al placer.
PARIS. La, itú, la, la, itú, la, la.
Viva el amor!
Viva el placer!
Conozco yo filósofos austeros
que sacan un placer de hacer pucheros
y es placer singular
que no pienso imitar.
Reir es lo mejor
en brazos del amor.
—
Oir gemir aquí, etc.

HABLADO.

CLCAS. Vaya unas maneras!... (Entre dientes.)
PARIS. Qué deciais, amado colega?
CALCAS. Decia... vaya unas maneras!
PARIS. Yo soy alegre... muy alegre! Saludo al rey de los reyes!... al valiente Aquiles!... al gracioso Orestes!... Y la reina? No la veo.
AGAMENON. En seguida vendrá.
PARIS. Ah! Vos aquí, hermosa Parthenia! Y vos tambien, interesante Olimpia!
PARTHENIA. Sabeis nuestros nombres?
PARIS. Un buen general conoce siempre á sus mejores soldados.
AGAMENON. Sois verdaderamente festivo... No os pareceis á los demas augures.
PARIS. Es mi mejor recomendacion. Tranquilizaos, hijos míos! Vénus es una buena señora en el fondo... y perdonará: no lo dudeis.
TODOS. Viva el gran augur!
PARIS. Perdonará positivamente. Á condicion, sin embargo, de que el rey Menelao se preste á hacer... lo que en tales casos se acostumbra.

MENELAO. No obstante...

PARIS. Nada de objeciones! Y no tengais miedo: lo que la diosa exige en desagravio de vuestras ofensas es bien poca cosa. Que haga la reina un pequeño viaje y que se sacrifique un ciervo blanco. (Á Menelao.) Vos qué opinais? No os parece que no es mucha exigencia?

MENELAO. Y á dónde deberá ir la reina?

PARIS. Á unas cuantas leguas de aquí... á una pequeña isla que se llama... Citéres.

AGAMENON. Á Citéres!

PARIS. Elena irá conmigo en la galera de Vénus, y por sí propia sacrificará el ciervo blanco.

MENELAO. En hora buena! Cuando se me piden cosas razonables... Qué es lo que yo deseo? Que todo se arregle. Qué es necesario para eso? Que la reina liaga un pequeño viaje á Citerés y que sacrifique un ciervo blanco...—Por qué me estais mirando así, amigo Celcas?

CALCAS. Por nada, señor! Estaba pensando en la transmigracion de las almas.

PARIS. Pero y la reina, señores?

ORESTES. Héla aquí.

ESCENA IX.

DICHOS, ELENA.

MUSICA.

CORO.

Ella es; héla ahí.

Ella es, ya está aquí.

Su semblante sin par, el dolor
hoy cubrió de mortal palidez;
pero yo no la ví más hermosa
jamás que esta vez.

ELENA.

Qué voz llegó hasta mí

(Saliendo por la izquierda.)

que el alma toda conturba así?

- MENE LAO. De Vénus mira el gran augur.
Por calmar á la diosa,
que está quejosa,
hoy á tus patrios láres vas á decir abur.
- TODOS. Sí, abur: sí, abur.
- ELENA. El culpable (A Menelao.)
fuiste tú:
sigue, pues,
al augur.
- PARIS. Hablar debo aquí.
- ORESTES. Oh! sí: oh! sí.
- TODOS. Mas qué vais á decir?
- PARIS. Qué he de decirle yo?
La diosa me inspiró.
Ven á la nave, hermosa Elena! (Ap. á Elena.)
sin recelo, sin temor.
Qué te turba? Qué te apena?
Yo seré tu defensor.
(Oh! fatalidad!)
- ELENA. Cede! Tal es mi voluntad.
- MENE LAO. Es un viaje de recreo.
- AGAMENON. {
- CALCAS. {
- ELENA. Sí, ya lo creo.
- TODOS. Marchad,
de la diosa cumplid el deseo.
Al mar!
- MENE LAO. Por Dios, no me desesperes;
parte á Citéres:
haz eso por mí.
- TODOS. Partid, sí, sí.
- ORESTES. Subid, pues, á la galera,
que ya os espera.
- CALCAS. Bien ireis allí.
- TODOS. Allí, allí, allí.
- UNA VOZ. (Hablado.) Viajeros para Citéres.
- AGAMENON. Vé, pues: de la diosa
el enojo calma tú.

ELENA.

Pues bien, me voy
con el gran augur:
esposo, abur.

PARIS.

Ven ya, ven ya, con el gran augur.
Señor, abur. (Á Menelao.)
Ven á Citéres, (Á Elena.)
y más no esperes:
pronto al mar!
Sopla la brisa;
démonos prisa.
Vamos ya...

(Páris y Elena suben á la galera.)

TODOS.

Parte á Citéres
y más no esperes:
pronto al mar!

PARIS.

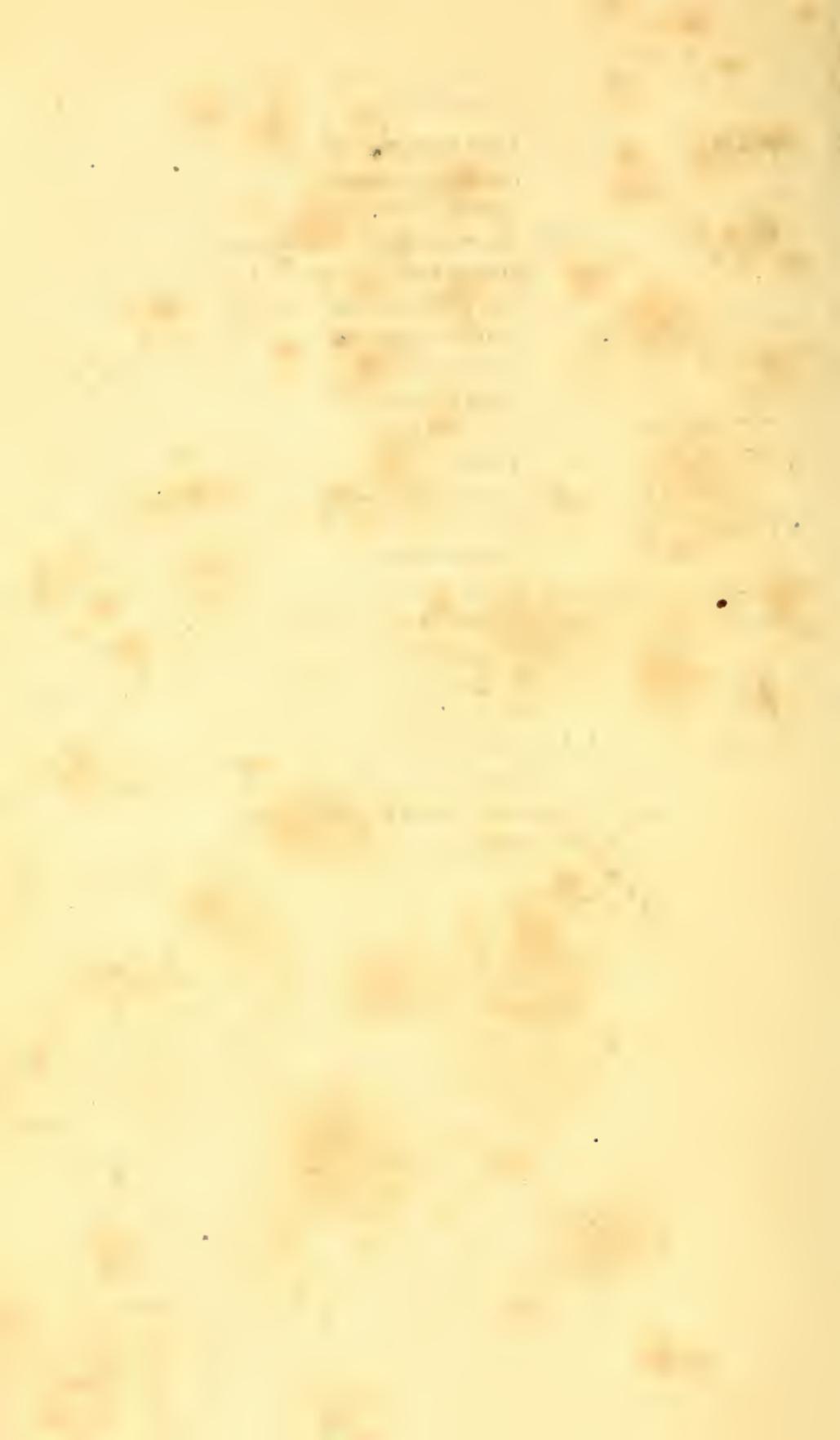
Rey Menelao, ya mi tramoya
tu afan burló.
Te aguardo en Troya,
Páris sóy yo.

TODOS.

Ah! qué horror! Se la lleva!
Bien nos burló!

(Cuadro general de sorpresa y desesperacion. Menelao cae desmayado en brazos de Agamenon)

FIN.



enicianta.
 almadrerno.
 s.
 l vicio.
 de viento.
 e Correlargo.
 ro.
 egimiento.
 nil mujer.
 os.
 tres.
 Rey René.
 os.
 e Murillo.
 a.
 y de Catana.
 ita.
 e la vida.
 Garan.
 piloto.
 a el campameulo, ó
 Africa.
 os de la niebla.
 e matrimouio.
 Babel.
 gallo.
 iencia.
 chaia.
 uada.
 s (refundida.)
 sobrina.
 oano.
 ría.
 1818.
 sia de pájaro.
 ojuelas.
 Polonia.
 i Emparedada.

Miscrias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nattiva.
 Olimpia.
 Propósit de enmienda.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dnero.
 Pecados veniales.
 Prento y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pension.
 Para dos perdices, dos.
 Préstamos sobre la hours.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convido al Coronel!...
 Quien mucho abarca.
 ¡Qué suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebera.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imágen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la niña fuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, infonso y mártir.

Trabiar por cuenta ajena.
 Tod unos.
 Torbellino.
 Unanior á la moda.
 Una conjuracion fememina.
 Un dómine como hay pocos
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocecion.
 Un retrato á quemarepa.
 ¡Un Tiberiol
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa. ¡
 Una leccion de córte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero,
 Un si y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicidal
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estndiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Medoro.
 Buena ley.
 feo.
 uchilladas
 la Gitana.
 parte.
 ara.
 do.
 gnita.
 ato, ó el Alcalde pro-
 ol.
 r.
 o.
 e una ópera.
 y la maja.
 El hortelano.
 en Marruecos.
 la ra lonera.
 e carnaval.
 drama lirico.)
 n de la Rioja (*Música.*)
 e de Letorieres.
 á escape.
 español.
 feliz.
 blanco.
 mono.
 rnelo de un pollo
 y Valdemoro.
 smo... janimal
 y la calle Mayor.
 s del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapies.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraíso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanás. (*Música.*)
 Jacinto.
 La lintera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estátua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la córte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
 La toma de Teluan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitana.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dio
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marques.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un coeínero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Mahón.</i>	P. Vinent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Málaga.</i>	J. G. Taboada y F.
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.	<i>Manila (Filipinas).</i>	Moya.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Mataró.</i>	A. Olona.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mondónedo.</i>	N. Clavell.
<i>Andújar.</i>	D. Caracuel.	<i>Montilla.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Murcia.</i>	D. Santolalla.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Ocaña.</i>	T. Guerra y Hereder
<i>Avila.</i>	S. Lopez.	<i>Orense.</i>	de Andrion.
<i>Ávila.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Orihuela.</i>	V. Calvillo.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Osuna.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Palencia.</i>	V. Montero.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de	<i>Palma de Mallorca.</i>	J. Martinez.
	Bartumeus y I Cerdá.	<i>Pamplona.</i>	Hijos de Gutierrez.
<i>Bejar.</i>	J. Teixidor.	<i>Pontevedra.</i>	P. J. Gelabert.
<i>Bilbao.</i>	E. Delmas.	<i>Priego (Córdoba.)</i>	J. Rios Barrera.
<i>Búrgos.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Buceta Solla y Com
<i>Cabra.</i>	R. Montoya.	<i>Requena.</i>	J. de la Gámara.
<i>Cáceres.</i>	H. E. Perez.	<i>Riaseco.</i>	J. Valderrama.
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Ronda.</i>	J. Mestre, de Mayagüe
<i>Calatayud.</i>	F. Molina.	<i>Salamanca.</i>	C. Garcia.
<i>Canarias.</i>	F. Maria Poggi, de Santa	<i>San Fernando.</i>	J. Prius.
	Cruz de Tenerife.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	M. Prádanos.
<i>Carmona.</i>	J. M. Eguiluz.	<i>Sanlúcar.</i>	Viuda de Gutierrez,
<i>Carolina.</i>	E. Torres.	<i>San Sebastian.</i>	R. Hucbra.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreño.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	J. Gay.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>Santander.</i>	J. Aldrete.
<i>Castroudiales.</i>	L. Ocharán.	<i>Segovia.</i>	I. de Oña.
<i>Ceuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>Sevilla.</i>	A. Garralda
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>Soria.</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y	<i>Talavera de la Reina.</i>	C. Medina y F. Hernandez
	M. Garcia Lovera.	<i>Tarazona de Aragón.</i>	B. Eseribano.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Tarragona.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Cuenca.</i>	M. Mariana.	<i>Teruel.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ecija.</i>	J. Giuli.	<i>Toledo.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Ferrol.</i>	N. Yaxonera.	<i>Toro.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Figueras.</i>	M. Alegret.	<i>Trujillo.</i>	P. Veraton.
<i>Gerona.</i>	F. Dorca.	<i>Tudela.</i>	V. Font.
<i>Gijón.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Tuy.</i>	F. Baquedano.
<i>Granada.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda	<i>Ubeda.</i>	J. Hernandez.
	é Hijos de Zamora:	<i>Valencia.</i>	Com. Poblacion.
<i>Guadalajara.</i>	R. Oñana.	<i>Valladolid.</i>	A. Herranz.
<i>Habana.</i>	M. Lopez y Compañia,	<i>Vich.</i>	M. Izalzu.
<i>Haro.</i>	P. Quintana.	<i>Vigo.</i>	M. Martinez de la Cr
<i>Huelva.</i>	J. P. Osorno:	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	T. Perez.
<i>Huesca.</i>	K. Guillen.	<i>Vitoria.</i>	I. Garcia, F. Navarro y
<i>Irun.</i>	R. Martinez.	<i>Zafra.</i>	Mariana y Sanz.
<i>Látiva.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Zamora.</i>	D. Jover y H. de Rodrig
<i>León.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Zaragoza.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Lérida.</i>	J. Urquia.		M. Fernandez Dios.
<i>Linares.</i>	Miñon Hermano.		L. Creus.
<i>Logroño.</i>	J. Sol é hijo.		J. Oquendo.
<i>Lorca.</i>	J. M. Caro.		A. Oguet.
	P. Brieba.		Y. Fuertes.
	A. Gomez.		L. Ducassi, J. Comin
			Comp. y V. de Hered

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.